

LAS FIESTAS SANTAS DE DIOS

*Esperanza segura para
toda la humanidad*

Este folleto no es para la venta.
Es una publicación de la Iglesia de Dios Unida,
una Asociación Internacional, que se distribuye gratuitamente.

Salvo indicación contraria, las citas bíblicas son de
la versión Reina-Valera, revisión de 1960.

El lector notará el uso del término *el Eterno* en lugar del nombre *Jehová* que aparece en algunas ediciones de la Biblia. La palabra *Jehová* es una adaptación inexacta al español del nombre hebreo YHVH, que en opinión de muchos eruditos está relacionado con el verbo *ser*. En algunas Biblias este nombre aparece traducido como *Señor*, *Yahveh*, *Yavé*, etc. En nuestras publicaciones lo hemos sustituido con la expresión *el Eterno*, por considerar que refleja más claramente el carácter imperecedero e inmutable del “Alto y Sublime, el que habita la eternidad” (Isaías 57:15).

Contenido

Introducción	1
<i>Capítulo I</i>	
¿Siguen vigentes las fiestas bíblicas en la actualidad?	4
<i>Capítulo II</i>	
La Pascua: ¿Por qué tuvo que morir Jesucristo?	10
<i>Capítulo III</i>	
La Fiesta de los Panes sin Levadura: Salir del pecado	21
<i>Capítulo IV</i>	
Pentecostés: Las primicias de la siega de Dios.	26
<i>Capítulo V</i>	
La Fiesta de las Trompetas: Un momento decisivo en la historia.	34
<i>Capítulo VI</i>	
El Día de Expiación: La reconciliación con Dios	40
<i>Capítulo VII</i>	
La Fiesta de los Tabernáculos: Jesucristo reinará en toda la tierra	46
<i>Capítulo VIII</i>	
El Último Gran Día: Se ofrecerá la vida eterna a toda la humanidad.	53
<i>Capítulo IX</i>	
Cómo observar las fiestas de Dios	60

Recuadros especiales

Las fiestas bíblicas en el Nuevo Testamento	9
Calendario de las fiestas de Dios.	32
¿Cuál será el castigo de los incorregibles?	56
Colosenses 2:16 confirma que los gentiles cristianos guardaban las fiestas bíblicas.	62

Introducción

Todos los países tienen sus fiestas patrias, recordatorios de importantes acontecimientos en la historia de la nación que proporcionan una continuidad entre el pasado y el futuro.

Los ciudadanos por lo general pueden explicar cuando menos algunos aspectos del significado de tales celebraciones. No obstante, paradójicamente, esos mismos ciudadanos entienden muy poco acerca de las fiestas en las que pretenden honrar y adorar a Dios. Las celebran pasando por alto tranquilamente el verdadero origen de estas prácticas religiosas.

Como resultado, la gente generalmente supone que las festividades de la Pascua Florida, la Cuaresma, la Navidad y muchas otras son representaciones fidedignas de temas bíblicos. Pero en ninguna parte de la Biblia se encuentra mandamiento alguno acerca de tales observancias, como tampoco se menciona que la Iglesia apostólica las haya guardado. Por otro lado, Dios sí ordena varias fiestas, aunque para muchos son casi desconocidas.

Algunas personas se dan cuenta de que en la Biblia se mencionan ciertas fiestas religiosas, pero sólo unos pocos pueden nombrar alguna o explicar su significado. Por lo general, creen que estas fiestas eran para el antiguo pueblo de Israel y que fueron abolidas después de la crucifixión de Jesucristo. Suponen que tales fiestas simplemente apuntaban hacia Cristo y que si él vivió hace dos mil años, entonces ya hace mucho tiempo que dejaron de estar vigentes. La mayoría piensa que las fiestas

bíblicas no son más que reliquias históricas que en la actualidad carecen de importancia.

Por extraño que parezca, la Biblia contradice estos conceptos tan comunes. Si estamos dispuestos a estudiarla con imparcialidad, veremos que no aprueba las festividades tradicionales del calendario cristiano. Para sorpresa de muchos, el Nuevo Testamento muestra que Jesús guardaba las fiestas bíblicas y que, muchas décadas después de su muerte, sepultura y resurrección, sus discípulos aún seguían su ejemplo y continuaban guardándolas.

Las enseñanzas de los apóstoles después de la resurrección de Cristo también son diferentes de lo que la mayoría de la gente supone. Esas enseñanzas revelan a un Dios cuyo deseo y propósito es que *todos* los cristianos observen las fiestas bíblicas, por una razón extraordinaria.

Lo que revelan estas fiestas

¿Por qué quiere Dios que observemos las fiestas bíblicas? Porque quiere que conozcamos nuestro asombroso potencial humano.

Dios nos revela el gran *propósito* con el cual puso al hombre en la tierra. Nos revela nuestro grandioso potencial y, además, ¡nos dice cómo podemos alcanzarlo! En el libro de los Salmos encontramos este precepto fundamental: “El principio de la sabiduría es el temor del Eterno; buen entendimiento tienen todos los que *practicar* sus mandamientos” (Salmos 111:10). Por consiguiente, la observancia de las fiestas santas de Dios proporciona la clave que le da sentido a la existencia humana porque nos permite entender el maravilloso plan que Dios tiene para el futuro de la humanidad.

Las fiestas que Dios ha ordenado ocurren en tres épocas del año; estas épocas corresponden a las cosechas temprana y tardía de la primavera y la cosecha temprana del otoño en la tierra del Israel bíblico. Estas fiestas simbolizan las diferentes etapas de la *cosecha espiritual* por medio de la cual Dios dará vida eterna a la humanidad. Jesús se refirió a esta cosecha en Juan 4:35-38.

Cuando se observan estas fiestas, sirven como recordatorios perennes de cómo se propone Dios traer *vida eterna* al hombre. Aunque las decisiones y hechos del hombre lo han apartado constantemente de Dios y han producido sufrimiento y muerte (Proverbios 14:12; 16:25; Isaías 59:1-8; Jeremías 10:23), nuestro Creador hará que su plan se cumpla in-

defectiblemente. Las fiestas bíblicas revelan progresivamente el plan divino para la humanidad y cómo Dios establecerá su Reino en la tierra. En esto consisten las *buenas noticias* —el evangelio— que Jesús predicó (Marcos 1:14-15). (Si desea más información sobre este importante tema, no vacile en solicitar el folleto titulado *El evangelio del Reino de Dios*. Se lo enviaremos sin costo alguno para usted.)

El plan que Dios tiene para dar vida eterna a los hombres ha existido “desde la fundación del mundo” (Mateo 25:34), y las fiestas santas nos enseñan ese extraordinario plan. Con estas hermosas palabras, el apóstol Pablo resumió la profundidad de los designios de Dios: “Nos ha hecho conocer su voluntad secreta, o sea el plan que él mismo se había propuesto llevar a cabo. Según este plan, que se cumplirá fielmente a su debido tiempo, Dios va a unir bajo el mando de Cristo todas las cosas, tanto en el cielo como en la tierra. Dios nos había escogido de antemano para que, por nuestra unión con Cristo, recibiéramos nuestra parte en su herencia . . .” (Efesios 1:9-11, Versión Popular).

Las fiestas religiosas ordenadas en la Biblia nos ayudan a entender el *plan maestro* —el propósito mismo— de Dios; explican cómo y por qué venimos a ser su pueblo. Notemos esta descripción del grandioso futuro que nos espera: “He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios” (Apocalipsis 21:3). Paso a paso, las fiestas de Dios nos muestran cómo este hermoso cuadro se hará una realidad.

En el capítulo 23 del libro de Levítico encontramos una lista de las fiestas que Dios ha establecido. Después de hablar acerca del sábado, el día de reposo semanal, el texto describe ciertas prácticas especiales con nombres poco comunes, entre ellos la Fiesta de los Panes sin Levadura, el Día de Expiación y la Fiesta de los Tabernáculos. Al ordenar la observancia de estas fiestas, Dios le dijo a Moisés que hiciera saber al pueblo que “*estas son las fiestas solemnes del Eterno*” (vv. 4, 37).

La Biblia nos muestra que, a su debido tiempo, Dios enseñará a *todo el mundo* a guardar estas fiestas (Zacarías 14:16-19). En las páginas de este folleto, usted podrá aprender acerca del fascinante propósito de cada una de las fiestas santas de Dios, así como de la maravillosa esperanza que encierran para toda la humanidad.

¿Siguen vigentes las fiestas bíblicas en la actualidad?

Cuando Dios empieza algo, casi siempre lo empieza en pequeña escala. En Mateo 13:31-33 vemos que Jesús comparó el Reino de Dios con un grano de mostaza y con la levadura. Ambas parábolas empiezan con algo pequeño que va creciendo hasta hacerse mucho más grande. Asimismo, en los tiempos del Antiguo Testamento, Dios llamó a un número relativamente pequeño de personas que estaban dispuestas a obedecerle y seguir sus caminos.

Al principio del relato bíblico podemos ver que sólo unos pocos obedecieron a Dios. No obstante, los primeros patriarcas, entre ellos Abel, Enoc y Noé, respondieron en forma positiva a lo que Dios les reveló acerca de su plan de salvación (Mateo 23:35; Hebreos 11:4-7). Después del diluvio en los días de Noé, Dios se dio cuenta de que Abraham y su esposa Sara le serían fieles. Con referencia a los que en tiempos antiguos obedecieron a Dios, en Hebreos 11:13 se nos dice que “conforme a la fe murieron todos éstos”, estando seguros de que recibirían la vida eterna (vv. 39-40).

Podemos ver que Dios ya estaba llevando a cabo su plan de salvación en las vidas de estas personas. El plan de Dios no empezó con el

pacto que hizo con el antiguo Israel; tampoco empezó cuando Jesucristo estuvo aquí en la tierra.

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:16). El amor de Dios al dar a su Hijo fue una continuación del plan que había tenido desde el principio del mundo (Mateo 25:34; Apocalipsis 13:8). Las fiestas de Dios habrían de revelar, a su debido tiempo, las diferentes etapas de ese plan; no fueron algo que simplemente se le ocurrió imponerle al hombre después de haberlo creado.

La historia de una familia

Por medio de la familia de Abraham, Dios empezó a revelar las buenas noticias de su plan de salvación (Gálatas 3:8). En Génesis 26:3-4 encontramos promesas específicas que Dios les hizo a Abraham y sus descendientes. El Creador dijo que los bendeciría “por cuanto oyó Abraham mi voz, y guardó mi precepto, mis mandamientos, mis estatutos y mis leyes” (v. 5). Quizá esta es la razón por la que en la Biblia a Abraham se le llama “amigo de Dios” y “padre de todos los creyentes” (Santiago 2:23; Romanos 4:11-12; Génesis 18:17-19).

Los descendientes de Abraham llegaron a ser una nación “grande y fuerte” (Génesis 18:18). Recibieron el nombre de Jacob (nieta de Abraham), cuyo nombre fue cambiado a Israel (Génesis 32:28). No mucho tiempo después de haberse establecido en Egipto fueron esclavizados (Éxodo 1). El relato de la libertad que Dios le dio al pueblo de Israel, al igual que la libertad que hoy da a los que él llama, está inseparablemente ligado a las fiestas de Dios.

A su debido tiempo, Dios inició una serie de acontecimientos que llevaron a la liberación de los israelitas de la esclavitud en Egipto. Con esto empezó a mostrarles su plan de salvación, que se representa en la observancia de sus fiestas santas. Cuando Moisés y Aarón se presentaron ante el faraón, le anunciaron lo que el Dios de Israel le ordenaba: “Deja ir a mi pueblo a *celebrarme fiesta* en el desierto” (Éxodo 5:1).

Ya antes, Moisés y Aarón habían convocado a los ancianos de Israel y les habían explicado el plan de Dios para salvarlos (Éxodo 3:16-18). Entonces, siguiendo las instrucciones de Dios, Moisés y Aarón hicieron varios milagros delante del pueblo (Éxodo 4:29-30). Al ver esto, los israelitas (aunque después fallaron) creyeron que, tal como lo había

prometido, Dios los libertaría y cumpliría el pacto que había hecho con Abraham (Éxodo 4:31; 6:4-8).

Luego, Israel guardó por primera vez la Pascua y los Días de Panes sin Levadura. Mucho tiempo después, la Iglesia del Nuevo Testamento también guardó estas mismas fiestas como un recordatorio de la liberación de las consecuencias del pecado que los cristianos reciben por medio de Jesucristo. Por ejemplo, el apóstol Pablo les dijo a los cristianos de Corinto —tanto judíos como gentiles— que deberían estar “sin levadura”, o sin pecado, “porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). En el versículo siguiente dice: “Así que *celebremos la fiesta*”, refiriéndose explícitamente a la misma fiesta que Dios había instituido muchos siglos antes para el antiguo Israel.

Las fiestas de Dios en el Nuevo Testamento

Desde niño, Jesús observó las fiestas bíblicas junto con sus padres. En Lucas 2:41 se nos dice: “Iban sus padres todos los años a Jerusalén en la fiesta de la pascua”. En los versículos 42 al 48 podemos leer que en una de esas ocasiones, cuando Jesús tenía 12 años de edad, estuvo dialogando con los teólogos en el templo. Resulta evidente que estos dirigentes religiosos estaban maravillados con su inteligencia y perspicacia. En Juan 2:23 y 4:45, y en Lucas 22:15, podemos ver que Jesús nunca dejó de observar las fiestas de Dios.

En uno de los pasajes más significativos, vemos que Jesús arriesgó su propia seguridad para poder asistir a dos de estas convocatorias anuales: la Fiesta de los Tabernáculos y la del Último Gran Día (Juan 7:1-2, 7-10, 14). “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva. Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido aún glorificado” (vv. 37-39).

Muchos creen que el apóstol Pablo cambió la forma en que los cristianos deben adorar. Según este concepto, se supone que él enseñó a los gentiles que no era necesario obedecer la ley de Dios y observar las fiestas bíblicas. Aunque algunas de las cosas que escribió eran difíciles de entender, incluso para sus contemporáneos (2 Pedro 3:15-16), sus afirmaciones explícitas y los hechos de su vida desmienten el

concepto de que él hubiera descuidado o abolido la observancia de las fiestas que Dios ordenó.

Por ejemplo, en 1 Corintios 11:1 les dijo a sus seguidores: “Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo”. Y en seguida agregó: “Os alabo, hermanos, porque . . . retenéis las instrucciones tal como os las entregué” (v. 2). Luego explicó: “Yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; *haced esto en memoria de mí*” (vv. 23-24).

Los comentarios que Pablo hizo a los judíos y gentiles en Corinto no hubieran tenido ningún sentido si ellos no hubieran estado observando las fiestas ordenadas en las Sagradas Escrituras. Resulta claro que este apóstol nunca trató de persuadir a los cristianos que dejaran de observar las fiestas bíblicas; para él, esto hubiera sido inconcebible (Hechos 24:12-14; 25:7-8; 28:17).

Por el contrario, la historia del ministerio de Pablo muestra vez tras vez que las fiestas de Dios eran ocasiones muy especiales en su vida. Por ejemplo, a los cristianos de Éfeso les dijo: “Es necesario que en todo caso yo guarde en Jerusalén la fiesta que viene” (Hechos 18:21). En Hechos 20:16 y 1 Corintios 16:8 encontramos que Pablo programó su itinerario de manera que en ambos casos pudiera estar en determinado lugar para guardar la Fiesta de Pentecostés. Lucas, compañero de Pablo en varios de sus viajes, habló de un tiempo del año en que ya había pasado “el ayuno”, una referencia al Día de Expiación (Hechos 27:9).

Refiriéndose a Hechos 20:6, *The Expositor's Bible Commentary* (“Comentario bíblico para el expositor”) hace notar que Pablo, no pudiendo llegar a Jerusalén para la Pascua, “permaneció en Filipos para observarla y [también] la Fiesta de los Panes sin Levadura que duraba una semana . . .” (tomo 9, p. 507). Con respecto a Hechos 20:16, el mismo comentario menciona que Pablo “quería, de serle posible, llegar a Jerusalén para [la Fiesta de] Pentecostés en el quincuagésimo día después de la Pascua . . .” (p. 510).

El apóstol Pablo observaba las fiestas bíblicas junto con los demás miembros de la Iglesia. En defensa del mensaje que predicaba, dijo que era el mismo que enseñaban los otros apóstoles: “Porque o sea yo o sean ellos, así predicamos, y así habéis creído” (1 Corintios 15:11).

Las enseñanzas tanto de Pablo como de los demás apóstoles hacen hincapié en la obligación que tienen los cristianos de *seguir el ejemplo de Jesucristo en todos los aspectos*. El apóstol Juan, quien escribió a fines del primer siglo, resumió el mensaje así: “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6).

Los judíos creyentes continuaron observando las fiestas bíblicas, y también lo hacían los gentiles cristianos (ver el recuadro titulado “Colosenses 2:16 confirma que los gentiles cristianos guardaban las fiestas bíblicas”, pp. 62-63). Tomando en cuenta todo lo que hemos mencionado hasta aquí, sólo podemos llegar a la conclusión de que la Iglesia apostólica continuó observando fielmente estas fiestas dadas por Dios, la primera de las cuales es la Pascua.

Las fiestas bíblicas en el Nuevo Testamento

El nombre de la fiesta	Ordenada en las Escrituras	Observada por Jesucristo, los apóstoles o la Iglesia
Pascua	Levítico 23:5	Mateo 26:2, 17-19; Marcos 14:12-16; Lucas 2:41-42; 22:1, 7-20; Juan 2:13, 23; 6:4; 13:1-30; 1 Corintios 11:23-29
Fiesta de los Panes sin Levadura	Levítico 23:6-8	Mateo 26:17; Marcos 14:12; Lucas 2:43; 22:1, 7; Hechos 12:3-4; 20:6; 1 Corintios 5:6-8
Fiesta de Pentecostés	Levítico 23:15-21	Hechos 2:1-21; 20:16; 1 Corintios 16:8
Fiesta de las Trompetas*	Levítico 23:23-25	Mateo 24:30-31; 1 Corintios 15:50-52; 1 Tesalonicenses 4:16-17; Apocalipsis 11:15
Día de Expiación	Levítico 23:26-32	Hechos 27:9
Fiesta de los Tabernáculos	Levítico 23:33-43	Juan 7:1-2, 8, 10, 14; Hechos 18:21
Último Gran Día	Levítico 23:36	Juan 7:37-38

*La Fiesta de las Trompetas no se nombra específicamente en el Nuevo Testamento; sin embargo, en varios pasajes se menciona el tema del día: el toque de trompetas como presagio del retorno de Jesucristo y la resurrección de los justos (ver las referencias).

La Pascua: ¿Por qué tuvo que morir Jesucristo?

La mayoría de nosotros hemos oído decir que Jesucristo murió por nuestros pecados, pero ¿qué quiere decir eso realmente? ¿Por qué fue necesario que él muriera? ¿Cómo se representa la muerte de Jesús en las fiestas bíblicas y cómo encaja ésta en el plan de Dios para la humanidad? En este capítulo acerca de la Pascua daremos respuesta a estas preguntas fundamentales.

El plan que Dios tiene para salvar a la humanidad se centra en el sacrificio de Jesucristo. Refiriéndose a sí mismo como el Hijo del Hombre, y hablando de su propia muerte, Jesús dijo que tenía que ser “levantado” (crucificado) así como Moisés había levantado la serpiente en el desierto, “para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna. Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna” (Juan 3:14-16).

Aquí vemos que el sacrificio de Jesús —el tema principal de la Pascua— fue un acto de amor supremo por la humanidad. Este importantísimo acontecimiento es la base de las demás fiestas que Dios ha establecido; es la parte más trascendental del plan de Dios.

Poco antes de la Pascua en que iba a ser sacrificado, Jesús dijo: “Para esto he llegado a esta hora . . . Y yo, si fuere levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12:27, 32).

Ahora busquemos en la Biblia las instrucciones que Dios dio con respecto a la Pascua, así como el significado de esta fiesta. Esto nos ayudará a entender por qué debemos seguir observándola.

Las instrucciones de Dios

Por medio de Moisés, Dios le dijo al faraón: “Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto” (Éxodo 5:1). Mediante una serie de 10 plagas, Dios mostró su gran poder y libertó a los israelitas de la esclavitud en Egipto. Después de la novena plaga, Dios le dio instrucciones específicas al pueblo de Israel acerca de la décima, y última, que era inminente, así como de lo que cada familia tenía que hacer para escapar de esa plaga.

Dios les ordenó que en el décimo día del primer mes cada jefe de familia israelita apartara un cordero o un macho cabrío lo suficientemente grande para alimentar a todos los de su casa; debía ser un animal de un año, sin defecto alguno (Éxodo 12:3-5). Debían sacrificarlo el día 14 de ese mes y poner un poco de la sangre en los dos postes y el dintel de la puerta de sus casas. Luego debían asar la carne y comerla apresuradamente junto con panes sin levadura y hierbas amargas (vv. 6-11).

Más adelante, el Creador les dijo a los israelitas que esa noche él mataría a todos los primogénitos de Egipto para convencer al faraón de que les diera la libertad. Los primogénitos de los israelitas serían protegidos si la señal de la sangre estaba en la puerta de sus casas. Dios “pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas” (v. 27). La palabra hebrea traducida como *Pascua* significa “pasar” o “librar”.

Dios les dijo a los israelitas que ese día sería un recordatorio para ellos: “Y este día os será en memoria, y lo celebraréis como fiesta solemne para el Eterno durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis” (v. 14). Siglos después, Jesús nuestro Salvador fue crucificado el día 14 del primer mes del calendario hebreo, el mismo día en que los corderos de la Pascua debían ser sacrificados (Levítico 23:5; Éxodo 12:1-6; Deuteronomio 16:1-2; Marcos 14:12; Lucas 22:7).

Juan el Bautista había reconocido a Jesús como “el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29) y el apóstol Pablo escribió: “Nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros” (1 Corintios 5:7). Queda claro, pues, que en la observancia anual de la Pascua el cordero o macho cabrío sin mancha representaba a Jesucristo como el inmaculado y perfecto sacrificio por nuestros pecados. En Hebreos 9:11-12 se nos dice: “Estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros ... no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por *su propia sangre*, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”. Jesucristo, como nuestro Cordero pascual, nos compró derramando su sangre hasta la muerte en pago de la pena por nuestros pecados.

¿Por qué tenía que morir Jesús? Nuestro Salvador tenía que morir porque era la única forma en que nuestros pecados podían ser perdonados. La Biblia dice que el pecado es la infracción de la ley de Dios, la cual es la ley del amor (1 Juan 3:4; Mateo 22:35-40). Todos hemos pecado y estamos destituidos de la gloria de Dios (Romanos 3:23). Por nuestra desobediencia todos nos hemos hecho merecedores de la pena de muerte eterna (Romanos 5:12; 6:23).

En Romanos 5:6-8 el apóstol Pablo nos describe la profundidad del amor de Jesucristo. Si la pena por nuestros pecados no hubiera sido pagada en alguna forma, todos estaríamos condenados a la muerte eterna. Jesús, quien vivió una vida perfecta como el inmaculado Cordero de Dios, murió en lugar nuestro; de hecho, su sacrificio era lo único que podía librarnos de la pena de muerte. Jesús murió en lugar nuestro para que tuviéramos la oportunidad de vivir con él para siempre. Él pagó el precio supremo, y los que han sido llamados y que se han arrepentido verdaderamente, han venido a ser posesión de Dios; y como los redimidos de Dios, ya no deben vivir conforme a sus propios deseos (1 Corintios 6:19-20).

Tanto Jesús como Pablo dejaron bien claro que la Pascua era algo que debía continuar como una observancia cristiana. Jesús mismo instituyó nuevos símbolos y prácticas para enseñar a los cristianos verdades muy importantes acerca de él como el Cordero de Dios y acerca del plan divino de salvación.

En tiempos del Antiguo Testamento, la Pascua prefiguraba la crucifixión de Jesucristo; ahora, es una conmemoración de este hecho. Al

observarla, nosotros anunciamos su muerte “hasta que él venga” (1 Corintios 11:26). Veamos ahora las instrucciones específicas que Jesús nos dio con respecto a la ceremonia de la Pascua y las lecciones que debemos aprender de ella.

Humildad y servicio

Las siguientes palabras del apóstol Juan describen algunos de los sucesos de la última noche que Jesús pasó con sus discípulos: “Antes de la fiesta de la pascua, sabiendo Jesús que su hora había llegado para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el fin. Y cuando cenaban, como el diablo ya había puesto en el corazón de Judas Iscariote, hijo de Simón, que le entregase, sabiendo Jesús que el Padre le había dado todas las cosas en las manos, y que había salido de Dios, y a Dios iba, se levantó de la cena, y se quitó su manto, y tomando una toalla, se la ciñó. Luego puso agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a enjuagarlos con la toalla con que estaba ceñido” (Juan 13:1-5).

En el primer siglo era una tarea normal del sirviente de más baja categoría lavar los pies de los huéspedes, lo cual era un acto de hospitalidad. Jesús, en lugar de pedirle a algún sirviente que lavara los pies a sus huéspedes, en una actitud humilde lo hizo él mismo para enseñarles una importante lección espiritual a éstos. “Así que, después que les hubo lavado los pies, tomó su manto, volvió a la mesa, y les dijo: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el Maestro, he lavado vuestros pies, *vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros*” (vv. 12-14).

Jesús dejó a sus discípulos un recordatorio permanente acerca de la importancia de servir a los demás con desinterés y humildad. Esto reafirmó una lección que ya antes les había dado, como se puede ver en Mateo 20:25-28: “Entonces Jesús, llamándolos, dijo: Sabéis que los gobernantes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que son grandes ejercen sobre ellas potestad. Mas *entre vosotros no será así*, sino que el que quiera ser grande entre vosotros será vuestro *servidor*; y el que quiera ser el primero entre vosotros será vuestro *siervo*; como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para *servir*; y para *dar su vida* en rescate por muchos”.

El simple hecho de lavar los pies de otros nos enseña una lección muy importante que está estrechamente unida con la Pascua: “Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, *vosotros también hagáis*” (Juan 13:15). ¿Cuántos cristianos obedecen esta sencilla orden de lavarse los pies unos a otros en la observancia de la Pascua? Y ¿cuántos demuestran esa actitud de servicio en sus vidas? Como posesión de Dios, rescatada por medio del sacrificio redentor de Cristo, nosotros debemos estar dedicados al servicio de Dios y de nuestros semejantes.

El pan simboliza el cuerpo de Jesús

Más tarde, mientras comían, Jesús dijo a sus discípulos que uno de ellos lo iba a traicionar (Mateo 26:21-25). Ahora notemos el versículo 26: “Y mientras comían, tomó Jesús el pan, y bendijo, y lo partió, y dio a sus discípulos, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo”. El cuerpo del Hijo de Dios iba a ser ofrecido como sacrificio por el pecado, porque “somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados . . . con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Hebreos 10:10-14). Cuando nos arrepentimos y somos bautizados, Dios nos perdona por medio del sacrificio de Cristo; entonces recibimos el Espíritu Santo y Dios nos “santifica” —nos aparta— para que vivamos en obediencia a su ley.

Comer el pan de la Pascua significa que entendemos que Jesucristo quitó de en medio el pecado “por el sacrificio de sí mismo” (Hebreos 9:26). Él estuvo dispuesto a sufrir una muerte atroz por nosotros; en su cuerpo y en su mente llevó el sufrimiento que trae el pecado.

El sacrificio de Jesucristo también está estrechamente ligado a nuestra sanidad. Con relación a esto, el apóstol Pedro escribió que Cristo “llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia; y por cuya herida fuisteis sanados” (1 Pedro 2:24). Siglos antes, Isaías profetizó acerca del sufrimiento que Jesús padecería por nosotros: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios, y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros

pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4-5).

En Mateo 8:16-17 se hace referencia a algunos de los milagros de sanidad que hizo Jesús. Él ayudó a “muchos endemoniados; y con la palabra echó fuera a los demonios, y sanó a todos los enfermos; para que se cumpliese lo dicho por el profeta Isaías, cuando dijo: Él mismo tomó nuestras enfermedades, y llevó nuestras dolencias”.

Las curaciones milagrosas que Jesús realizó fueron parte del cumplimiento de su misión como el Redentor prometido. Y además de mostrar su compasión y sensibilidad, estos milagros mostraron que tenía autoridad para perdonar pecados (Mateo 9:2-6). ¡El pecado trae sufrimiento! El sacrificio de Cristo hace posible la sanidad completa al aliviar y eliminar los sufrimientos físicos, mentales y emocionales que son el resultado de nuestros pecados.

Jesús no sólo ha hecho posible que recibamos el perdón de nuestros pecados, sino que heredemos la vida eterna también. Él dijo: “Yo soy el pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto, y murieron. Este es el pan que descende del cielo, para que el que de él come, no muera. Yo soy el pan vivo que descendió del cielo; si alguno comiere de este pan, vivirá para siempre; y el pan que yo daré es mi carne, la cual yo daré por la vida del mundo” (Juan 6:48-51).

Un nuevo modo de vivir

El pan de la Pascua nos recuerda la estrecha relación que los cristianos tienen con Jesucristo. En Romanos 6:1-6 el apóstol Pablo nos exhorta a que, una vez que simbólicamente nos hemos unido a Cristo en su muerte por medio del bautismo, ya no sirvamos más al pecado sino que “andemos en vida nueva”. Al comer de este pan manifestamos nuestra firme decisión de permitir que Cristo viva en nosotros.

En Gálatas 2:20 el apóstol describe esta unión: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas *vive Cristo en mí*; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Para Pablo, sus propios caminos ya no eran importantes; ahora su relación con Cristo tenía la máxima importancia para él.

El apóstol Juan nos dice lo que Cristo espera de nosotros: “En esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos

. . . El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:3-6).

El pan de la Pascua da mayor solidez a nuestro entendimiento de que Jesucristo, el verdadero “pan de vida”, debe *vivir en nosotros*, para que podamos vivir una vida nueva y completamente diferente (1 Pedro 4:1-4). Cuando nos arrepentimos verdaderamente de nuestros pecados y nos sometemos a Dios, él nos perdona, nos redime (nos compra por un precio) y nos santifica (nos aparta para un propósito santo). De ahí en adelante *pertenece* a Dios, de manera que él puede cumplir su propósito en nosotros.

El significado del vino de la Pascua

¿Por qué durante la Pascua Jesús les mandó a sus discípulos que tomaran vino como símbolo de su sangre? ¿Qué es lo que esto representa?

Veamos lo que se nos dice en Mateo 26:27-29: “Tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio, diciendo: Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados. Y os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre”.

¿Qué es lo que debemos aprender de esto? En primer lugar, Jesús sabía que tomar vino como símbolo de su sangre derramada haría que en nuestras mentes se grabara profundamente el hecho de que él sufrió y murió para que nosotros pudiéramos ser perdonados. Por eso dijo: “Haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí” (1 Corintios 11:25). Jesús “nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5). “Si andamos en luz, como él está en luz, tenemos comunión unos con otros, y la sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7).

Mucha gente entiende que Dios perdona nuestros pecados por medio de la sangre de Jesucristo, pero no todos se dan cuenta de cómo lo hace. El apóstol Pablo explica que “casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión” (Hebreos 9:22), es decir, no hay perdón de pecados.

Antiguamente, Dios dio instrucciones a los sacerdotes para que cumplieran con ciertos deberes; entre ellos se incluía un sistema de limpieza y purificación por medio de la sangre de animales sacrificados.

Esto prefiguraba el derramamiento de la sangre de Cristo, el sacrificio máximo por el pecado. Él mandó al pueblo de Israel que cumpliera con este régimen temporal de ritos de limpieza del pecado (Hebreos 9:9-10). Los sacrificios de los animales sirvieron como precursores del único y verdadero sacrificio, Jesucristo, quien una vez y para siempre pagaría la pena por los pecados de todos.

La Biblia nos enseña que la vida está en la sangre (Génesis 9:4). Si una persona pierde suficiente sangre, muere. Por lo tanto, la sangre derramada es lo que paga la pena de muerte impuesta como resultado del pecado (Levítico 17:11; Romanos 6:23). Jesús derramó su sangre en la cruz, y de esta manera murió por los pecados de la humanidad (Lucas 22:20; Isaías 53:12). Nosotros debemos tener en cuenta muy seriamente este simbolismo cuando participamos de la Pascua. Esa pequeña porción de vino representa la sangre misma que brotó del cuerpo de Jesús cuando estaba muriendo en nuestro lugar para hacer posible el perdón de nuestros pecados (Efesios 1:7). Este perdón nos libra de la muerte eterna.

La sangre de Cristo no sólo cubre completamente nuestros pecados, sino que hace posible que se borre nuestra culpabilidad. En Hebreos 9:13-14 se compara el sacrificio de un animal con la sangre de Jesucristo: “Si la sangre de los toros y de los machos cabríos, y las cenizas de la becerra rociadas a los inmundos, santifican para la purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras *conciencias* de obras muertas para que sirváis al Dios vivo?”

La palabra *conciencia* viene de la voz latina *conscire*, que quiere decir “percatarse de la culpabilidad”. Cuando tomamos vino en la ceremonia de la Pascua del nuevo pacto expresamos nuestra fe en que *Dios nos ha perdonado realmente*, de manera que estamos libres de pecado y de culpa (Juan 3:17-18), y nuestros corazones han sido purificados “de mala conciencia” (Hebreos 10:22). De esta manera, aunque siempre debemos aprender de los errores que hemos cometido, podemos vivir con tranquilidad, sabiendo que “cuanto está lejos el oriente del occidente, hizo [Dios] alejar de nosotros nuestras rebeliones” (Salmos 103:12).

No obstante, hay quienes se sienten culpables aun después de haberse arrepentido. Es cierto que nuestra conciencia debe acusarnos de inmediato cuando pecamos otra vez, pero no debemos seguir conde-

nándonos por pecados de los que nos hemos arrepentido y que Dios ya ha olvidado. Más bien, debemos tener absoluta confianza en que Dios nos ha liberado de nuestra culpabilidad (1 Juan 1:9; 3:19-20).

Acceso al Padre

Por medio de la sangre derramada de Jesús también tenemos acceso al trono mismo del Padre. Bajo el antiguo pacto, sólo el sumo sacerdote podía entrar en la parte del tabernáculo conocida como el Lugar Santísimo (Hebreos 9:6-10), donde se encontraba el “propiciatorio”, el cual representaba el trono de Dios. En Levítico 16 se describe la ceremonia que cada año se llevaba a cabo durante otra fiesta santa, el Día de Expiación. En esa ocasión el sumo sacerdote tomaba de la sangre del macho cabrío que prefiguraba el sacrificio de Jesucristo y la rociaba sobre el propiciatorio a fin de que, en forma simbólica, los israelitas pudieran ser purificados de todos sus pecados (vv. 15-16).

Debido a que la sangre de Jesucristo quita el pecado, nos purifica ante el Padre y podemos tener acceso directo a él. Jesús, nuestro Sumo Sacerdote, entró en el Lugar Santísimo por medio de su propia sangre (Hebreos 9:11-12). Así que ahora nosotros podemos entrar en el verdadero Lugar Santísimo; podemos acercarnos a Dios con certidumbre y confianza absolutas, sin temor de ser rechazados (Hebreos 10:19-22). Como se nos dice en Hebreos 4:16: “Acerquémonos, pues, *confiadamente* al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro”. Sólo por medio de Jesucristo podemos experimentar esta relación tan íntima con nuestro Padre.

Nuestro pacto con Dios

El hecho de que la sangre de Cristo ha sido derramada también significa que él ha celebrado un pacto o convenio. Cuando instituyó el símbolo del vino en la ceremonia de la Pascua, dijo: “Esto es mi sangre del nuevo pacto” (Mateo 26:27-28).

¿Por qué a este vino se le llama la “sangre del nuevo pacto”? En la Epístola a los Hebreos se nos explica que, después de que Dios le propuso a Israel lo que ahora se conoce como el antiguo pacto, el cual el pueblo se comprometió a obedecer, el pacto fue confirmado con la ceremonia del rociado de sangre. Esta fue “la sangre del pacto” (Hebreos 9:18-20; 13:20; Éxodo 24:3-8).

Es importante reconocer que cuando llegamos a comprender el significado del sacrificio de Cristo, a arrepentirnos verdaderamente y a ser bautizados para la remisión de nuestros pecados, hacemos un pacto con Dios. Por medio de este pacto, que concertamos con la plena certidumbre de que Dios cumplirá todo lo que ha prometido (Hebreos 6:17-20), él nos otorga su santo Espíritu (Hechos 2:38), que es “el depósito que garantiza nuestra herencia” en el Reino de Dios (Efesios 1:14, Nueva Versión Internacional). El sacrificio de Jesucristo para la remisión de nuestros pecados es el fundamento de este pacto con el Creador del universo, el que hizo todo lo visible e invisible. Las condiciones del pacto son absolutas, porque fue sellado con la sangre de Cristo (Hebreos 9:11-12, 15). Cada año, cuando guardamos la Pascua, reconfirmamos nuestro compromiso de cumplir fielmente este pacto con Dios.

¿En qué consiste el pacto? “Este es el pacto que haré con ellos después de aquellos días, dice el Señor: Pondré mis leyes en sus corazones, y en sus mentes las escribiré, añade: Y nunca más me acordaré de sus pecados y transgresiones” (Hebreos 10:16-17).

El antiguo Israel no tenía el corazón dispuesto para guardar fielmente los mandamientos de Dios (Deuteronomio 5:29), pero en el nuevo pacto Dios escribe sus leyes en nuestros corazones y mentes. Estas leyes no son aquellas de purificación física que formaban parte del sistema de sacrificios y lavamientos en el tabernáculo. Son los preceptos santos y justos que definen la conducta correcta para con Dios y nuestro prójimo (Romanos 7:12) y nos conducen a la vida eterna (Mateo 19:17). El vino de la Pascua es símbolo de este pacto que fue confirmado o ratificado con la sangre de Jesucristo.

Observada anualmente por la Iglesia apostólica

El Nuevo Testamento nos muestra que los primeros cristianos continuaron observando las fiestas bíblicas en sus tiempos, tal como Dios lo había ordenado. Durante su adolescencia, Jesús observó la Pascua año con año (Lucas 2:41), y cuando fue adulto continuó haciéndolo junto con sus discípulos. La Iglesia también continuó observando las fiestas bíblicas en las fechas prescritas. Por ejemplo, en Hechos 2:1 podemos ver que los discípulos de Jesús estaban observando la Fiesta de Pentecostés: “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos”.

En las Escrituras no encontramos nada que indique que la Iglesia apostólica haya cambiado las fechas que Dios prescribió para estas fiestas, o que haya agregado alguna fiesta que no esté ordenada en las Escrituras.

La Palabra de Dios especifica que la Pascua debe observarse una vez al año, y así lo hacía la Iglesia apostólica. Siendo una conmemoración de la muerte de Jesús, la Pascua no debe ser observada cuantas veces alguien quiera hacerlo durante el año; así como las otras fiestas bíblicas, también debe observarse una vez al año en una fecha específica. La frase “todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa” que se encuentra en 1 Corintios 11:26 sencillamente hace notar que, al observar la Pascua cada año en la fecha apropiada, los miembros de la Iglesia están proclamando “la muerte del Señor ... hasta que él venga”. Ni Jesús ni los apóstoles dieron indicación alguna de que debíamos hacer cambios en lo relacionado al tiempo o la frecuencia con que observamos las fiestas de Dios.

Siguiendo su ejemplo, nosotros ahora debemos observar la Pascua al principio del día 14 del primer mes (llamado abib o nisán) del calendario hebreo. (Ver el calendario que se encuentra en las páginas 32-33.)

Durante la última Pascua que Jesús observó con sus discípulos claramente les dio a entender que esta conmemoración continuaría guardándose, aun en el Reino de Dios: “Os digo que desde ahora no beberé más de este fruto de la vida, hasta aquel día en que lo beba nuevo con vosotros en el reino de mi Padre” (Mateo 26:29).

Guardar la Pascua cada año nos recuerda que Dios es quien perdona nuestros pecados y nos otorgará la vida eterna en su Reino por medio de Jesucristo, nuestra Pascua sacrificada por nosotros. Esta observancia es una conmemoración del papel permanente que nuestro Creador tiene en la salvación de la humanidad.

La Fiesta de los Panes sin Levadura: Salir del pecado

Inmediatamente después de la Pascua viene una festividad que representa la etapa siguiente en el cumplimiento del plan divino. Después de que Dios, por medio del sacrificio de Jesucristo, ha perdonado nuestros pecados, debemos vivir una vida nueva. Pero ¿cómo evitamos continuar pecando? ¿Cómo podemos vivir como los redimidos de Dios? La respuesta la encontramos en el singular significado de la Fiesta de los Panes sin Levadura, la cual se observa del 15 al 21 del primer mes del calendario hebreo.

Cuando Dios liberó a los israelitas de la esclavitud en Egipto, les dijo: “Siete días comeréis panes sin levadura” (Éxodo 12:15). Más adelante leemos que ellos “cocieron tortas sin levadura de la masa que habían sacado de Egipto, pues no había leudado, porque al echarlos fuera los egipcios, no habían tenido tiempo ni para prepararse comida” (v. 39).

El proceso de fermentación que hace que el pan se leude lleva tiempo. Los israelitas habían salido apresuradamente de Egipto, así que cocinaron y comieron pan sin levadura. Lo que empezó como una necesidad continuó por una semana. Dios, de manera apropiada, llamó este período “la fiesta solemne de los panes sin levadura” (Levítico

23:6), o como se menciona en Hechos 12:3: “los días de los panes sin levadura”.

Cuando Jesús vivió en la tierra como ser humano, observó esta festividad de siete días (la cual, en ocasiones, los judíos llaman la Fiesta de la Pascua debido a que las dos fiestas ocurren en días consecutivos). La observó de niño y luego como adulto (Lucas 2:41-42; Juan 2:13,23; Lucas 22:7-8; Mateo 26:17). La Iglesia apostólica también la observó siguiendo el ejemplo de Cristo (Hechos 20:6; 1 Corintios 5:7-8).

Las primeras instrucciones y las enseñanzas de Jesús

Cuando los israelitas estaban preparándose para salir de Egipto, Dios les dio las primeras instrucciones relacionadas con esta fiesta: “Este día os será en memoria, y lo celebraréis como fiesta solemne para el Eterno durante vuestras generaciones; por estatuto perpetuo lo celebraréis. Siete días comeréis panes sin levadura; y así el primer día haréis que no haya levadura en vuestras casas; porque cualquiera que comiere leudado desde el primer día hasta el séptimo, será cortado de Israel. El primer día habrá santa convocación, y asimismo en el séptimo día tendréis una santa convocación; ninguna obra se hará en ellos, excepto solamente que prepararéis lo que cada cual haya de comer” (Éxodo 12:14-16).

Al observar esta fiesta cada año, los israelitas conmemoraban el hecho de que Dios había liberado a sus padres de la esclavitud de Egipto. El Creador les ordenó: “Guardaréis la fiesta de los panes sin levadura, porque en este mismo día saqué vuestras huestes de la tierra de Egipto; por tanto, guardaréis este mandamiento en vuestras generaciones por costumbre perpetua” (v. 17). La salida de Egipto permanece como un motivo fundamental para la observancia de esta fiesta hoy en día. Así como Dios liberó al antiguo Israel, así nos libera a nosotros de nuestros pecados y dificultades.

Ahora notemos la enseñanza de Jesús acerca de la levadura, la cual amplía el significado de esta fiesta. Durante su ministerio, Jesús realizó dos milagros en los cuales unos pocos panes y pescados fueron suficientes para alimentar a miles de personas. En una de estas ocasiones, cuando sus discípulos habían ido al otro lado del mar de Galilea, olvidaron traer pan. Así que Jesús les dijo: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”. Los discípulos pensaron que se refe-

ría al hecho de que no tenían pan, pero él estaba aprovechando la ocasión para enseñarles acerca del simbolismo de la levadura. Por tanto, les preguntó: “¿Cómo es que no entendéis que no fue por el pan que os dije que os guardaseis de la levadura de los fariseos y de los saduceos?” Entonces los discípulos “entendieron que no les había dicho que se guardasen de la levadura del pan, sino de la *doctrina* [enseñanza] de los fariseos y de los saduceos” (Mateo 16:5-12).

En tiempos de Jesús algunos de esos dirigentes religiosos aparentaban ser justos, pero su comportamiento personal era pecaminoso. Jesús claramente les dijo que conocía lo que había en sus corazones: “Vosotros por fuera, a la verdad, os mostráis justos a los hombres, pero por dentro estáis llenos de hipocresía e iniquidad” (Mateo 23:28).

La Fiesta de los Panes sin Levadura nos recuerda que con la ayuda de Dios nosotros debemos evitar y eliminar todo tipo de pecado —simbolizado por la levadura— en todos los aspectos de nuestra vida.

La importancia permanente de esta fiesta

Durante la Fiesta de los Panes sin Levadura, el apóstol Pablo comparó el pecado con la levadura y así enseñó las mismas *lecciones espirituales* que Jesús había enseñado. Al amonestar a los cristianos de Corinto por el partidismo, los celos y la inmoralidad que toleraban en su medio, dijo: “No es buena vuestra jactancia. ¿No sabéis que un poco de levadura leuda toda la masa? Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros. Así que celebremos la fiesta, no con la vieja levadura, ni con la levadura de malicia y de maldad, sino con panes sin levadura, de sinceridad y de verdad” (1 Corintios 5:6-8).

Sin lugar a dudas, la iglesia en Corinto estaba observando la Fiesta de los Panes sin Levadura, pues Pablo la mencionó directamente. No obstante, él se valió de esta fiel obediencia de los corintios de guardar la fiesta en su aspecto físico (sacando la levadura de sus casas y dejando de comer pan leudo) como base para exhortarlos a celebrarla con el entendimiento correcto de su *propósito espiritual*.

Sacar la levadura de nuestras casas por siete días nos recuerda que por medio de la oración, y con la ayuda y el entendimiento que Dios nos proporciona, nosotros también debemos *reconocer, expulsar y*

evitar el pecado. Así pues, la Fiesta de los Panes sin Levadura es un tiempo de profunda introspección. Debemos meditar en nuestras actitudes y comportamiento y pedirle a Dios que nos ayude a reconocer y superar nuestras faltas.

En 2 Corintios 13:5 Pablo habló de la importancia de esta introspección: “Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que Jesucristo está en vosotros, a menos que estéis reprobados?” En otra epístola, él mismo explicó el significado de la expresión “Jesucristo está en vosotros”. En Gálatas 2:20 escribió: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”.

Estos siete días en que nos examinamos a nosotros mismos resultan muy valiosos, pues nos ayudan a renovar nuestro compromiso con Dios y Jesucristo cada año. Este período de una semana también representa nuestra victoria sobre el pecado. Así como Dios liberó a los israelitas de la esclavitud de Egipto, así nos libera a nosotros de la esclavitud del pecado (Romanos 6:12-18).

Aplicación de las lecciones espirituales

Aprendemos por la práctica, y el hacer ciertas cosas físicas nos ayuda a aprender lecciones espirituales de suma importancia. Ocuparnos en la tarea de sacar la levadura de nuestras casas nos recuerda que debemos estar alerta en contra de las acciones y pensamientos erróneos a fin de poder evitarlos.

Dios sabe que a pesar de nuestras buenas intenciones, todos pecamos. Muchos años después de su conversión, el apóstol Pablo escribió acerca de la fuerte tendencia que todos tenemos hacia el pecado: “Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que está en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librá de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado” (Romanos 7:21-25).

Pablo entendía que la vida misma es una lucha contra “el pecado que tan fácilmente nos asedia” (Hebreos 12:1, Reina-Valera Actualizada). Nosotros tenemos que hacer nuestra parte para vencer el pecado; no obstante, contrario a lo que muchos piensan, debemos depender de la ayuda de Dios. Pablo hizo referencia a esto en su carta a la iglesia en Filipos: “Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el *querer* como el *hacer*, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12-13).

La observancia de la Fiesta de los Panes sin Levadura nos mantiene conscientes de cuánto necesitamos que Jesucristo nos ayude a vencer nuestras debilidades. Sin embargo, esta fiesta es un tiempo de regocijo porque él nos da toda la ayuda que necesitamos. Jesucristo, el Cordero de Dios, fue sacrificado para el perdón de nuestros pecados; es él quien nos limpia al quitar la levadura de nuestras vidas. Él continúa ayudándonos a vivir en obediencia por medio del Espíritu de Dios que mora en nosotros. Esto nos lleva al tema del capítulo siguiente.

El Día de Pentecostés: Las primicias de la siega de Dios

Para revelar su plan de salvación a la humanidad, Dios estableció sus fiestas de tal manera que coincidieran con los diferentes tiempos de siega en la tierra de Israel (Levítico 23:9-16; Éxodo 23:14-16). Así como el pueblo recogía sus cosechas durante estas tres temporadas festivas, las fiestas bíblicas nos revelan cómo Dios está “segando” —llamando y preparando— gente para darle vida eterna en su Reino.

El significado de las fiestas de Dios nos revela en forma progresiva cómo obra él con la humanidad. Primero, la Pascua simboliza el sacrificio de Cristo para el perdón de nuestros pecados. Luego, los Días de Panes sin Levadura nos enseñan que debemos rechazar y evitar el pecado, ya sea en hechos o en actitudes. La fiesta siguiente, Pentecostés, se basa en este importante fundamento.

Esta fiesta tiene varios nombres, los cuales se derivan de su significado y del tiempo de su observancia. Conocida también como “la fiesta de la siega” y “el día de las primicias” (Éxodo 23:16; Números 28:26), esta festividad corresponde a la cosecha de grano de la primavera, la cual constituía los primeros frutos del ciclo agrícola anual en la antigua nación de Israel.

También se le llama “la fiesta de las semanas” (Éxodo 34:22), cuyo nombre proviene de las siete semanas más un día (50 días) que se cuentan para determinar cuándo ha de observarse (Levítico 23:16). En el Nuevo Testamento, que fue escrito en griego, se le da el nombre de Pentecostés (Hechos 20:16), *pentekostos* en el original, “adjetivo que denota quincuagésimo [día]” (W.E. Vine, *Diccionario expositivo de palabras del Nuevo Testamento*, tomo 3, p. 156).

El nombre más generalizado para esta fiesta entre los judíos es la Fiesta de las Semanas (*Shavuot* en hebreo). Muchos judíos, al celebrar esta fiesta, recuerdan uno de los acontecimientos más grandes de la historia: cuando Dios dio su ley en el monte Sinaí. Pero la Fiesta de Pentecostés también nos muestra —por medio del gran milagro que se realizó en el primer Pentecostés de la Iglesia apostólica— cómo podemos obedecer a Dios según el *espíritu* y el *propósito* de sus leyes.

La dádiva del Pentecostés: el Espíritu Santo

Dios escogió el primer Pentecostés después de la resurrección de Jesús para derramar su Espíritu sobre 120 creyentes (Hechos 1:15). “Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos unánimes juntos. Y de repente vino del cielo un estruendo como de un viento recio que soplabla, el cual llenó toda la casa donde estaban sentados; y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, asentándose sobre cada uno de ellos. Y fueron todos llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba que hablasen” (Hechos 2:1-4). Estos hombres hablaban en otros idiomas frente a una multitud que había venido a Jerusalén de muchos lugares y que estaban sorprendidos de que les hablaran en sus lenguas nativas (vv. 6-11). Este extraordinario acontecimiento fue una muestra innegable del poder de Dios.

Al principio, los que presenciaron este suceso milagroso estaban asombrados, aunque hubo algunos que pensaron que los que así hablaban estaban ebrios (vv. 12-13). Entonces el apóstol Pedro, lleno ahora del Espíritu Santo, hablando vigorosamente a la multitud les dijo que lo que ellos estaban viendo era el cumplimiento de una profecía: “En los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (v. 17; Joel 2:28). También les dijo cómo podían recibir ellos el Espíritu Santo: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don

del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa, y para vuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:38-39).

Por medio de este milagro y la predicación inspirada de Pedro, Dios agregó 3.000 personas a su Iglesia en ese día. Todas ellas fueron bautizadas y recibieron el Espíritu Santo (vv. 40-41). Desde este importantísimo acontecimiento, el Espíritu de Dios ha estado accesible a todos los que verdaderamente se arrepienten y son bautizados en forma apropiada. La Fiesta de Pentecostés es un recordatorio anual de que Dios derramó su Espíritu para establecer su Iglesia, la cual es el conjunto de personas que son guiadas por ese Espíritu.

Por qué necesitamos el Espíritu Santo

Como humanos, siempre pecamos, no importa cuánto nos esforcemos por no hacerlo (1 Reyes 8:46; Romanos 3:23). Conociendo esta innata debilidad humana, Dios dijo: “¡Quién diera que tuviesen tal corazón, que me temiesen y guardasen todos los días todos mis mandamientos, para que a ellos y a sus hijos les fuese bien para siempre!” (Deuteronomio 5:29). Aquí Dios nos hace ver que el problema del hombre está en su *corazón*. El conocimiento teórico de la ley no nos da la capacidad para pensar como Dios. De hecho, sin el don especial del Espíritu Santo es absolutamente imposible que comprendamos las cosas espirituales (1 Corintios 2:11); tampoco podemos obedecer a Dios ni aprender a pensar como él piensa.

La forma de pensar de Dios produce paz, felicidad y sincera preocupación por el bienestar de otros. En cierta ocasión, Jesús felicitó a un intérprete de la ley que citó correctamente el meollo de la ley de Dios: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente; y [amarás] a tu prójimo como a ti mismo” (Lucas 10:27). Estas citas son de Deuteronomio 6:5 y Levítico 19:18. Con esto, Jesús confirmó que las Escrituras que nosotros conocemos como el Antiguo Testamento se basan en estos dos grandes principios del amor (Mateo 22:40).

El fundamento de la ley de Dios es el *amor* (Romanos 13:8-10; 1 Tesalonicenses 4:9). Dios nos ha dado sus mandamientos porque nos ama. El apóstol Juan, dirigiéndose a algunos de los que tenían el Espíritu Santo, escribió: “En esto conocemos que amamos a los hijos de

Dios, cuando amamos a Dios, y guardamos sus mandamientos. Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:2-3).

Debido a que los miembros de la Iglesia tenían el Espíritu de Dios, podían manifestar verdadero amor. “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros. En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tuviereis amor los unos con los otros” (Juan 13:34-35). La dádiva del Espíritu Santo en la Fiesta de Pentecostés hizo posible que la Iglesia pudiera cumplir plenamente los mandamientos divinos de amor.

Jesucristo: las primicias de la vida eterna

Las primicias son los primeros productos agrícolas que han madurado y están listos para ser cosechados. Dios se vale del ejemplo de la cosecha para hacer más claros algunos de los aspectos de su plan de salvación, y el tema de la Fiesta de Pentecostés es el de las primicias. El pueblo de Israel observaba este día a fines de la primavera, al final de la temporada de las cosechas de trigo y cebada. Durante la Fiesta de los Panes sin Levadura se hacía una ofrenda especial del primer cereal que maduraba. Esta ofrenda, llamada la ofrenda mecida, marcaba el inicio de los 50 días que habrían de concluir al final de dicha temporada, cuando se celebraba la Fiesta de Pentecostés (Levítico 23:11). Tales cosechas eran los primeros frutos del ciclo agrícola anual.

Una de las lecciones de la cosecha que encontramos en el Nuevo Testamento es esta: “Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que dormieron es hecho” (1 Corintios 15:20). El domingo después de su resurrección, el mismo día durante la Fiesta de los Panes sin Levadura en que se mecía ante Dios la primera gavilla de la cosecha, Cristo se presentó a sí mismo ante el Padre como un tipo, o ejemplo, de primicias. De hecho, la ofrenda mecida representaba a Jesucristo, quien fue “el primogénito de toda creación” y “el primogénito de entre los muertos” (Colosenses 1:15, 18).

El primer día de la semana (el domingo en la madrugada), cuando aún estaba oscuro y Jesús ya había resucitado (Juan 20:1), María Magdalena fue al sepulcro y vio que habían quitado la piedra que había sido puesta a la entrada. Corrió para avisarles a Pedro y a Juan que Jesús ya no estaba en la tumba. Los dos discípulos corrieron hacia el sepulcro y

podieron comprobar que, efectivamente, ya no estaba allí (vv. 2-10). Después de que ellos se retiraron del sepulcro, María se quedó afuera llorando (v. 11). Jesús se acercó a ella, pero no le permitió que lo tocara porque “aún no [había] subido” a su Padre (v. 17).

En otro de los evangelios podemos ver que ese mismo día, más tarde, Jesús sí permitió que lo tocaran (Mateo 28:9; Lucas 24:39). Esto es una prueba de que, entre la hora en que vio a María Magdalena la primera vez y la hora en que permitió que lo tocaran, él había ascendido al Padre quien lo había aceptado.

Así que el rito de la ofrenda mecida que Dios le dio al antiguo Israel prefiguraba la aceptación de Jesucristo por su Padre como “las primicias de los que durmieron” (1 Corintios 15:20).

La Iglesia como primicias

En Romanos 8:29 se nos dice que Jesucristo es “el primogénito de muchos hermanos”. Pero también a la Iglesia se le considera como primicias. Al hablar del Padre, el apóstol Santiago dijo: “Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos *primicias* de sus criaturas” (Santiago 1:18).

El Espíritu de Dios en nosotros nos identifica y nos santifica, es decir, nos aparta como cristianos. En su carta a los cristianos en Roma, el apóstol Pablo dijo: “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”, y: “Todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios” (Romanos 8:9, 14). Y agregó: “Nosotros . . . tenemos las primicias del Espíritu” (v. 23).

El significado de referirse al pueblo de Dios como las primicias resulta claro cuando tenemos en cuenta lo que Jesús dijo: “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6). Desde que Jesucristo vino, ¿cuántos realmente se han arrepentido y vivido conforme a los principios que él enseñó? Aun en la actualidad, mucha gente sencillamente no sabe mucho acerca de Cristo, si acaso han oído algo acerca de él. ¿Cómo les dará Dios la salvación a ellos?

Son poquísimos los que entienden que Dios tiene un plan sistemático —representado en sus fiestas santas— para salvar a *toda* la humanidad ofreciéndole a cada uno vida eterna en su Reino. En este tiempo estamos simplemente al *principio* de la cosecha para el Reino de Dios. El apóstol Pablo entendía bien esto: “Cristo ha resucitado de los muertos;

primicias de los que durmieron es hecho . . . Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo *todos* serán vivificados. Pero *cada uno en su debido orden*; Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:20-23). Cualquiera que sea llamado y escogido por Dios en este tiempo queda incluido, junto con Cristo, como las primicias de Dios (Santiago 1:18).

La Biblia nos enseña que los únicos que pueden convertirse en cristianos son los que Dios *llama* (Juan 6:44, 63); por tanto, nuestro Creador *controla el tiempo* de su cosecha. Cuando Dios fundó su Iglesia al dar su Espíritu a algunos creyentes el Día de Pentecostés, estaba aumentando su cosecha espiritual. Fue un cumplimiento preliminar de lo que el profeta Joel anunció, que al final Dios derramaría de su Espíritu sobre “toda carne” (Joel 2:28-29; Hechos 2:14-17).

La obra del Espíritu Santo

La vida de estos primeros cristianos cambió en forma dramática con la venida del Espíritu Santo. El libro de los Hechos está lleno de relatos del extraordinario impacto espiritual que la Iglesia apostólica tuvo en la sociedad que la rodeaba. Fue una transformación tan clara que los que no creían los acusaron ante las autoridades de que estaban trastornando el mundo entero (Hechos 17:6). Tal era la magnitud del milagroso poder del Espíritu Santo.

Para entender bien cómo Dios puede obrar en nuestra vida por medio de su Espíritu, necesitamos comprender lo que es el Espíritu Santo. *No* es una persona que, junto con el Padre y el Hijo, forma una “Santísima Trinidad”. En la Biblia el Espíritu Santo se describe como *el poder de Dios* que obra en nuestras vidas (Hechos 1:8; Romanos 15:13, 19), el mismo poder que obró en el ministerio de Jesucristo (Lucas 4:14; Hechos 10:38). Es el poder divino por medio del cual Dios nos guía (Romanos 8:14). Fue este mismo Espíritu el que transformó las vidas de los primeros cristianos y es el poder que obra en la Iglesia de Dios actualmente. Pablo le dijo a Timoteo que el Espíritu de Dios es un “espíritu de . . . poder, de amor y de dominio propio” (2 Timoteo 1:7).

La Fiesta de Pentecostés es un recordatorio anual de que nuestro Creador aún hace milagros, otorgando su Espíritu a las primicias de su cosecha espiritual, lo que los capacita para vivir en obediencia a él y realizar su obra en este mundo.

Calendario de las fiestas de Dios

Año romano	Primer día del año sagrado <i>(no es día de fiesta)</i>	Pascua <i>(se observa la noche anterior)</i>	Fiesta de los Panes sin Levadura	Fiesta de Pentecostés	Fiesta de las Trompetas	Día de Expiación	Fiesta de los Tabernáculos	El Último Gran Día	Año romano
2001	domingo 25 de marzo	sábado 7 de abril	dom. 8–sáb. 14 de abril	domingo 27 de mayo	martes 18 de septiembre	jueves 27 de septiembre	mar. 2–lun. 8 de octubre	martes 9 de octubre	2001
2002	jueves 14 de marzo	miércoles 27 de marzo	jue. 28 de marzo–miér. 3 de abril	domingo 19 de mayo	sábado 7 de septiembre	lunes 16 de septiembre	sáb. 21–vier. 27 de septiembre	sábado 28 de septiembre	2002
2003	jueves 3 de abril	miércoles 16 de abril	jue. 17–miér. 23 de abril	domingo 8 de junio	sábado 27 de septiembre	lunes 6 de octubre	sáb. 11–vier. 17 de octubre	sábado 18 de octubre	2003
2004	martes 23 de marzo	lunes 5 de abril	mar. 6–lun. 12 de abril	domingo 30 de mayo	jueves 16 de septiembre	sábado 25 de septiembre	jue. 30 de sep.–miér. 6 de oc.	jueves 7 de octubre	2004
2005	domingo 10 de abril	sábado 23 de abril	dom. 24–sáb. 30 de abril	domingo 12 de junio	martes 4 de octubre	jueves 13 de octubre	mar. 18–lun. 24 de octubre	martes 25 de octubre	2005
2006	jueves 30 de marzo	miércoles 12 de abril	jue. 13–miér. 19 de abril	domingo 4 de junio	sábado 23 de septiembre	lunes 2 de octubre	sáb. 7–vier. 13 de octubre	sábado 14 de octubre	2006
2007	martes 20 de marzo	lunes 2 de abril	mar. 3–lun. 9 de abril	domingo 27 de mayo	jueves 13 de septiembre	sábado 22 de septiembre	jue. 27 de sep.–miér. 3 de oc.	jueves 4 de octubre	2007
2008	domingo 6 de abril	sábado 19 de abril	dom. 20–sáb. 26 de abril	domingo 8 de junio	martes 30 de septiembre	jueves 9 de octubre	mar. 14–lun. 20 de octubre	martes 21 de octubre	2008
2009	jueves 26 de marzo	miércoles 8 de abril	jue. 9–miér. 15 de abril	domingo 31 de mayo	sábado 19 de septiembre	lunes 28 de septiembre	sáb. 3–vier. 9 de octubre	sábado 10 de octubre	2009

Según lo que enseña la Biblia, los días comienzan a la puesta del sol (Génesis 1:5; Éxodo 12:18-19; Marcos 1:32) y se cuentan “de tarde a tarde” (Levítico 23:32). Por lo tanto, las fiestas de Dios comienzan la noche anterior a las fechas

indicadas en este calendario. Por ejemplo, en el año 2009 se llevará a cabo la ceremonia de la Pascua el martes 7 de abril, después de la puesta del sol, y la Fiesta de los Panes sin Levadura empezará en la noche del miércoles 8 de abril.

La Fiesta de las Trompetas: Un momento decisivo en la historia

La Fiesta de las Trompetas simboliza el fin de la era actual del hombre y el principio de un increíble tiempo durante el cual Dios intervendrá directamente en los sucesos del mundo. Las fiestas previas tienen que ver con lo que Dios hace en lo personal con la gente que él llama y escoge. Pero la Fiesta de las Trompetas anuncia la intervención de Dios en los asuntos de la humanidad a escala mundial; representa un momento absolutamente decisivo en la historia del mundo.

Esta fiesta, que se observa el primer día del séptimo mes del calendario hebreo, también da principio a la tercera temporada de fiestas (Éxodo 23:14; Deuteronomio 16:16), en la cual se incluyen las últimas cuatro fiestas del año.

¡La Fiesta de las Trompetas representa nada menos que el retorno de Jesucristo a la tierra para establecer el Reino de Dios! En el Apocalipsis se nos habla de una serie de acontecimientos terribles representados por siete ángeles que tocan sus trompetas en siete ocasiones distintas. El sonido de la trompeta del séptimo ángel significa que “los reinos

del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo” (Apocalipsis 11:15). El retorno de Jesucristo es la culminación de los sucesos anunciados por el sonido de las trompetas proféticas. De todas las profecías de la Biblia, ¡ciertamente ésta proclama la noticia más alentadora que podría darse a este mundo decadente y lleno de pecado!

La Fiesta de las Trompetas representa el cumplimiento futuro de numerosas profecías que hablan de un Rey conquistador que regirá con poder y justicia. Poco después de la resurrección de Jesús, los apóstoles pensaban que él estaba a punto de cumplir estas profecías. En esos primeros días le hicieron preguntas como: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6).

Durante su ministerio Jesús habló de las diferencias entre su primera venida y la segunda. Cuando Poncio Pilato, gobernador de Judea, lo interrogó antes de crucificarlo, Jesús le dijo claramente que no había venido a gobernar en ese tiempo: “Mi reino no es de este mundo; si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí”. Entonces Pilato le preguntó: “¿Luego, eres tú rey?” Jesús le contestó en forma afirmativa: “Tú dices que yo soy rey. *Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio a la verdad*” (Juan 18:36-37).

Después de la resurrección de Jesús, los apóstoles esperaban emocionados el cumplimiento de sus promesas. Ellos conocían las profecías mesiánicas, como aquella de Isaías 9:6-7: “Un niño nos es nacido, hijo nos es dado, y el principado sobre su hombro . . . Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite”.

Cuando los apóstoles le preguntaron a Jesús si establecería el Reino en ese tiempo, su respuesta fue que no les tocaba a ellos “saber los tiempos o las sazones, que el Padre puso en su sola potestad” (Hechos 1:7). Les dijo que lo que debían hacer era esforzarse en predicar el evangelio —las buenas noticias del Reino de Dios— por todo el mundo. Más tarde, los apóstoles se dieron cuenta de que la segunda venida de Cristo no era inminente. Varios pasajes hablan de cómo los santos esperan con ansia su retorno.

El uso de las trompetas

La emoción suscitada por estos formidables acontecimientos se hace evidente en el significado mismo de la festividad. El antiguo Israel

la guardaba “al son de trompetas, y [con] una santa convocación” (Levítico 23:24). ¿Cuál era el significado de los dramáticos sonidos que acompañaban la observancia de esta fiesta? Para poder entender el significado de las trompetas, es necesario que repasemos brevemente el uso que se le daba a este instrumento en tiempos bíblicos.

Dios instruyó al antiguo Israel en el uso apropiado de las trompetas para transmitir mensajes importantes. El sonido de una sola trompeta quería decir que habría una reunión de los dirigentes de la nación. El sonido de dos trompetas era un llamado para que todo el pueblo se movilizara y se reuniera (Números 10:2-4). En forma similar, Dios también utilizó el sonido de “bocina”, un instrumento hecho del cuerno de un animal (Josué 6:4), para anunciar su reunión con todo el pueblo cuando descendió sobre el monte Sinaí (Éxodo 19:16-17).

El sonido de trompetas también podía ser un toque de alarma: “Cuando saliereis a la guerra en vuestra tierra contra el enemigo que os molestaré, tocaréis alarma con las trompetas” (Números 10:9). En este caso las trompetas emitían determinado sonido para anunciar peligro y guerra inminentes. También podían emitir un sonido de fiesta, como lo indica el versículo 10: “Y en el día de vuestra alegría, y en vuestras solemnidades, y en los principios de vuestros meses, tocaréis las trompetas . . . y os serán por memoria delante de vuestro Dios. Yo el Eterno vuestro Dios”.

Debido a la capacidad para transmitir su sonido a grandes distancias, las trompetas eran excelentes instrumentos para captar la atención de la gente. En Salmos 81:3, y con relación a esta fiesta, se exhorta: “Tocad la trompeta en la nueva luna, en el día señalado, en el día de nuestra fiesta solemne”.

El significado de las trompetas

Los siervos de Dios que escribieron el Nuevo Testamento tuvieron una comprensión más amplia del significado del toque de trompetas. Al describir el retorno de Jesucristo, el apóstol Pablo escribió: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire” (1 Tesalonicenses 4:16-17).

Pablo también habló del día en que las primicias representadas por la Fiesta de Pentecostés serán resucitadas a la vida inmortal: “En un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados” (1 Corintios 15:52).

El apóstol Juan también asoció el retorno de Cristo con el toque de trompetas: “El séptimo ángel tocó la trompeta, y hubo grandes voces en el cielo, que decían: Los reinos del mundo han venido a ser de nuestro Señor y de su Cristo; y él reinará por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 11:15). Estos pasajes confirman en forma dramática el significado de la Fiesta de las Trompetas.

Aunque en el Nuevo Testamento la Fiesta de las Trompetas no se menciona por su nombre, no tenemos ninguna razón válida para suponer que esta fiesta no debiera ser observada. Todo lo contrario, la Iglesia apostólica basó sus enseñanzas y sus prácticas en las Escrituras hebreas (2 Timoteo 3:16). Así como los Diez Mandamientos son inseparables (Santiago 2:10-11), cada una de las festividades de Dios está íntima y estrechamente relacionada con las demás. Al observarlas todas, podemos entender cómo se está llevando a cabo el extraordinario plan que Dios tiene para la humanidad. Así que no debemos pasar por alto ninguna de las siete fiestas que Dios ha ordenado en su Palabra.

La enseñanza profética de Jesús

Casi al final del ministerio físico de Jesús, los apóstoles le preguntaron acerca de los tiempos del fin: “Estando él sentado en el monte de los Olivos, los discípulos se le acercaron aparte, diciendo: Dinos, ¿cuándo serán estas cosas, y qué señal habrá de tu venida, y del fin del siglo?” (Mateo 24:3). Siglos antes, Daniel había profetizado acerca del establecimiento del Reino de Dios y de cómo los santos (el pueblo de Dios) lo heredarían (Daniel 2:44; 7:18). No obstante, Daniel, igual que los apóstoles, no entendía cuándo habría de venir el Reino.

Sin embargo, Jesús empezó a explicar los acontecimientos que conducirían a su retorno. Explicó una profecía que había sido “cerrada y sellada” desde el tiempo de Daniel (Daniel 12:9). En Mateo 24 Jesús habló a sus discípulos sobre un cristianismo falso, guerras, hambres, epidemias, terremotos y otras desgracias (vv. 4-13). Describió el tiempo de su retorno como una época de odio e injusticia. También dijo:

“Será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin” (v. 14).

Más adelante, Jesús reveló muchos otros pormenores acerca de este crítico tiempo. El Apocalipsis es “la revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto” (Apocalipsis 1:1). En este libro Cristo repite, por medio del apóstol Juan, los mismos acontecimientos de que les había hablado a sus discípulos unos decenios antes. Sin embargo, en esta ocasión utilizó el simbolismo de una serie de sellos que él iría abriendo uno por uno (Apocalipsis 6).

Jesús profetizó que después de esto serán derramadas siete plagas sobre este mundo lleno de pecado. Cada una de ellas será anunciada con un toque de trompeta (Apocalipsis 8-9). Luego, Dios enviará dos “testigos” o “profetas” para anunciar su verdad a un mundo rebelde (Apocalipsis 11). Para su desgracia, esta inicua sociedad rechazará a estos dos siervos de Dios y los matará (vv. 7-10). También Dios enviará a un ángel que, volando por el cielo, proclamará el evangelio eterno “a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apocalipsis 14:6).

Todos estos acontecimientos prepararán el camino para que sea tocada la séptima trompeta y Jesucristo retorne para tomar las riendas del gobierno del mundo entero (Apocalipsis 11:15).

En relación con este mismo estado de cosas, en Mateo 24 se nos dice que “inmediatamente después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no dará su resplandor, y las estrellas caerán del cielo, y las potencias de los cielos serán conmovidas. Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria. Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro” (vv. 29-31).

Acontecimientos estremecedores

Por increíble que nos parezca, cuando Jesucristo retorne al monte de los Olivos en Jerusalén, las naciones del mundo se unirán para *pelear contra él* (Zacarías 14:1-4). En Apocalipsis 19:19 se menciona esta batalla: “Y vi a la bestia, a los reyes de la tierra y a sus ejércitos,

reunidos para *guerrear* contra el que montaba el caballo [Jesucristo], y contra su ejército”.

¿Por qué habría de querer alguien pelear contra el Salvador del mundo? Porque Satanás, el gran adversario que engaña al mundo entero (Apocalipsis 12:9), instigará a las naciones para que intenten destruir a Jesucristo. (En el próximo capítulo explicaremos cómo Dios pondrá fin a la obra destructora de Satanás.)

La Fiesta de las Trompetas señala también la resurrección de los muertos. Notemos estas palabras del apóstol Pablo: “Por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados. Pero cada uno en su debido orden: Cristo, las primicias; luego los que son de Cristo, en su venida” (1 Corintios 15:21-23). También, en otra de sus epístolas explicó: “El Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16). Luego se reunirán con ellos los del pueblo de Dios que aún estén vivos en ese tiempo (v. 17).

En Apocalipsis 20:5 se menciona esto como “la primera resurrección”. Este cambio a la vida inmortal fue la ferviente esperanza de los primeros cristianos y continúa siéndolo para todos los que entienden el plan divino de salvación.

En su epístola a los cristianos en Roma, Pablo habló de la resurrección como una gloriosa liberación de la esclavitud: “El anhelo ardiente de la creación es el aguardar la manifestación de los hijos de Dios . . . porque también la creación misma será libertada de la esclavitud de corrupción, a la libertad gloriosa de los hijos de Dios . . . y no sólo ella, sino también nosotros mismos, que tenemos las primicias del Espíritu, nosotros también gemimos dentro de nosotros mismos, esperando la adopción, la redención de nuestro cuerpo” (Romanos 8:19, 21, 23).

Podemos ver que a pesar de los acontecimientos terribles que se avecinan, hay buenas noticias. Dios impondrá su autoridad para salvar a la humanidad y enseñarle su camino de vida.

Cristo retornará para establecer el gobierno perfecto de Dios en la tierra. Este es el maravilloso significado de la Fiesta de las Trompetas. Jesús nos enseñó a que oráramos: “Venga tu reino” (Mateo 6:10). ¡Cómo nos urge la respuesta a esta oración!

El Día de Expiación: La reconciliación con Dios

Ya hemos visto, por medio del significado de la Pascua, que la sangre derramada de Jesucristo es lo que hace expiación por nuestros pecados pasados. La expiación produce reconciliación, y el Día de Expiación representa no sólo la reconciliación de toda la humanidad con Dios sino también la eliminación de la *causa original* del pecado.

La observancia de la Pascua nos enseña que somos reconciliados con Dios por medio del sacrificio de Jesucristo. Entonces, ¿por qué es necesaria otra fiesta para enseñarnos acerca de la expiación? Y si ya hemos sido reconciliados, ¿por qué necesitamos ayunar, como se ordena en el Día de Expiación (Levítico 23:27; ver también Hechos 27:9)? ¿Cuál es el significado específico de este día en el plan maestro de Dios para la salvación del hombre?

Tanto el Día de Expiación como la Pascua nos enseñan acerca del perdón del pecado y nuestra reconciliación con Dios por medio del sacrificio de Cristo. Por ahora, la Pascua se aplica personal e individualmente a los que Dios ha llamado en este tiempo, en tanto que el Día de Expiación tiene implicaciones mundiales muy importantes. Es más, el Día de Expiación tiene un aspecto muy especial que no se encuentra

en el significado de la Pascua, y esto es algo que *tiene que llevarse a cabo* antes de que la humanidad pueda disfrutar de paz. Todo el mundo sufre las trágicas consecuencias del pecado, pero el pecado no sucede sin una *causa*. Dios aclara cuál es esta causa mediante el simbolismo del Día de Expiación.

Satanás es el autor del pecado

El Día de Expiación tiene que ver no sólo con el perdón del pecado, sino que también representa la eliminación de la *causa principal* del pecado: Satanás y sus demonios. Hasta que Dios elimine al primer incitador del pecado, la humanidad sencillamente continuará cayendo en la desobediencia y el sufrimiento. Ciertamente nuestra naturaleza humana tiene mucho que ver con nuestros pecados, pero Satanás tiene una gran responsabilidad por ser quien incita a los humanos a que desobedezcan a Dios.

Aunque mucha gente duda de la existencia del diablo, la Biblia revela que Satanás es un poderoso ser invisible que puede dominar a toda la humanidad. En Apocalipsis 12:9 se nos dice que su influencia es tan fuerte que “engaña al mundo entero”.

El diablo ciega a la gente para que no vea la luz de la verdad de Dios. El apóstol Pablo explicó esto a la iglesia de Corinto: “Si nuestro evangelio está aún encubierto, entre los que se pierden está encubierto; en los cuales *el dios de este siglo* cegó el entendimiento de los incrédulos, para que no les resplandezca la luz del evangelio de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios” (2 Corintios 4:3-4). Este apóstol también nos enseña que Satanás ha influido en todos los seres humanos para que sigan los caminos de la desobediencia. Pablo explica que “en otro tiempo” aquellos que Dios ha traído a su Iglesia siguieron “la corriente de este mundo, conforme al príncipe de la potestad del aire, el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (Efesios 2:2).

Las Escrituras también advierten que el diablo puede hacerse pasar por justo, “porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz. Así que, no es extraño si también sus ministros se disfrazan como ministros de justicia; cuyo fin será conforme a sus obras” (2 Corintios 11:14-15).

Jesús, en forma muy clara, dijo que Satanás es el causante original del pecado y de la rebeldía en el mundo. En Juan 8:44 se lo hizo saber claramente a los que estaban en contra de su enseñanza: “Vosotros sois

de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. Él ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira”.

Al considerar todos estos pasajes juntos, podemos ver el poder y la influencia que ejerce Satanás. Pablo nos advierte que estemos alerta contra las artimañas del diablo: “Temo que como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestros sentidos sean de alguna manera extraviados de la sincera fidelidad a Cristo” (2 Corintios 11:3).

Los cristianos que se esfuerzan por resistir a Satanás y por dejar de pecar, sostienen batallas espirituales contra el diablo y sus demonios: “No tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes” (Efesios 6:12). En los versículos 13-18 se nos habla sobre las armas que Dios nos da para que podamos resistir la influencia y los ataques de Satanás. Desde luego, Dios es infinitamente más poderoso que el diablo, pero nosotros debemos hacer nuestra parte resistiendo con firmeza a este poderoso enemigo y a los deseos de nuestra carne. El Día de Expiación nos proyecta hacia el futuro cuando Satanás no tendrá influencia sobre la humanidad ni podrá engañarla durante mil años (Apocalipsis 20:1-3).

El simbolismo en el Antiguo Testamento

En Levítico 16 vemos las instrucciones que Dios dio al antiguo Israel para observar el Día de Expiación. Aunque después del sacrificio de Cristo ya no se requiere el sacrificio de animales, este capítulo amplía considerablemente nuestra comprensión del plan de Dios.

Observemos que el sacerdote tenía que seleccionar *dos* machos cabríos para ofrenda por los pecados del pueblo, y debía presentarlos ante el Eterno (vv. 5, 7). Aarón, el sumo sacerdote, debía echar suertes para escoger uno “para el Eterno”, el cual sería ofrecido como sacrificio (vv. 8-9). Este macho cabrío simbolizaba a Jesucristo, quien sería sacrificado para pagar la pena por nuestros pecados.

El otro macho cabrío tenía un propósito totalmente diferente: “Mas el macho cabrío sobre el cual cayere la suerte por Azazel, lo presentará vivo delante del Eterno para hacer la reconciliación sobre él, para enviarlo a Azazel al desierto” (v. 10). Notemos que este animal *no debía*

ser sacrificado. “Y pondrá Aarón [el sumo sacerdote] sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y *lo enviará al desierto* por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada; y dejará ir el macho cabrío por el desierto” (vv. 21-22).

El sumo sacerdote echaba suertes “sobre los dos machos cabríos; una suerte por el Eterno, y otra suerte por Azazel” (v. 8). Muchos eruditos consideran que Azazel es el nombre de un demonio que moraba en el desierto (*Interpreter’s Dictionary of the Bible* [“Diccionario bíblico para el intérprete”], tomo 1, p. 326). El macho cabrío de Azazel simboliza a Satanás, quien es el principal responsable de los pecados de la humanidad (v. 22) debido al engaño en que la ha hecho caer.

El sumo sacerdote ponía sus manos sobre la cabeza de este macho cabrío y confesaba sobre él toda la maldad, rebeldía y pecados del pueblo. ¿Por qué hacía esto? Porque el diablo, como el perverso dios de este mundo, es culpable de haber seducido e incitado a la humanidad a pecar. “El destierro del macho cabrío cargado de los pecados . . . representaba la eliminación de todos los pecados del pueblo y la transferencia de los mismos, por decirlo así, al espíritu malvado a quien pertenecían” (*The One Volume Bible Commentary* [“Comentario bíblico en un solo tomo”], p. 95).

El simbolismo del macho cabrío vivo hace un paralelo con el castigo que se les aplicará a Satanás y sus demonios, a quienes Dios quitará de en medio cuando Jesucristo venga a establecer su gobierno sobre todas las naciones. En Apocalipsis 20:1-3 se habla de este acontecimiento: “Vi a un ángel que descendía del cielo, con la llave del abismo, y una gran cadena en la mano. Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el diablo y Satanás, y lo ató por mil años; y lo arrojó al abismo, y lo encerró, y puso su sello sobre él, para que no engañase más a las naciones, hasta que fuesen cumplidos mil años”.

De esta manera, el diablo y sus demonios que por miles de años han estado incitando a la humanidad a todo tipo de maldad, serán declarados culpables y serán restringidos por completo. La reconciliación total del hombre con Dios no podrá efectuarse hasta que Satanás —la *causa* de tanto pecado y sufrimiento— sea atado y restringido.

La aplicación actual de esta fiesta

Veamos ahora las instrucciones específicas acerca de cuándo y cómo debemos observar esta fiesta. Dios dice: “A los diez días de este mes séptimo será el día de expiación; tendréis santa convocación, y afligiréis vuestras almas . . .” (Levítico 23:27). ¿Cómo “afligimos nuestras almas”? Esta expresión se refiere al ayuno (ver Salmos 35:13; 69:10 y Esdras 8:21). Ayunar es privarse de comida y de bebida (Ester 4:16).

¿Por qué nos dice Dios que ayunemos durante estas 24 horas específicamente? El ayuno demuestra nuestro deseo de acercarnos a Dios con humildad. El Día de Expiación representa un tiempo futuro durante el cual —con Satanás desterrado y con el mundo devastado por los horribles acontecimientos que conducirán a ese tiempo— la humanidad humillada y arrepentida será por fin reconciliada con Dios.

Muy pocos entienden los motivos correctos del ayuno. El ayuno no es para que Dios haga nuestra voluntad; no ayunamos para recibir algo de él, a excepción de su infinita misericordia y su perdón de nuestros pecados. El ayuno nos ayuda a recordar lo efímera que es nuestra existencia física. Sin comida ni agua, pronto moriríamos. El ayuno nos ayuda a darnos cuenta de cuánto necesitamos a Dios como el dador y sustentador de la vida.

En el Día de Expiación siempre debemos ayunar en *una actitud de arrepentimiento*. Notemos el ejemplo que el profeta Daniel nos dejó en este aspecto: “Volví mi rostro a Dios el Señor, buscándole en oración y ruego, en ayuno, cilicio y ceniza. Y oré al Eterno mi Dios e hice confesión . . .” (Daniel 9:3-4).

La Iglesia apostólica observaba el Día de Expiación. Más de 30 años después de la muerte y resurrección de Jesucristo, Lucas aún hacía referencia a los tiempos y las sazones en relación con las fiestas de Dios. En cierta ocasión escribió: “Siendo ya peligrosa la navegación, *por haber pasado ya el ayuno* . . .” (Hechos 27:9). “El ayuno” es una referencia inequívoca al Día de Expiación, y así lo reconocen casi todos los comentarios y diccionarios bíblicos.

Pero hay otra lección importante que podemos aprender por medio del Día de Expiación. Ya vimos que el sacrificio del macho cabrío simbolizaba el sacrificio de Cristo, quien pagó la pena de muerte a que nos hacemos merecedores por nuestros pecados. Mas él no permaneció

muerto, sino que volvió a la vida. ¿Qué nos enseña el Día de Expiación acerca del papel de Cristo después de su resurrección?

En Levítico 16:15-19 se habla de una ceremonia que se llevaba a cabo sólo una vez al año, en el Día de Expiación. Después de sacrificar uno de los machos cabríos, el sumo sacerdote debía llevar la sangre dentro del Lugar Santísimo —el lugar más sagrado del tabernáculo— y al propiciatorio. El propiciatorio era un símbolo del trono mismo de Dios. El sumo sacerdote representaba el papel que Cristo desempeña por los que se arrepienten. Habiendo derramado su propia sangre, Jesús ascendió al trono de Dios donde ahora intercede por nosotros, como lo ha hecho desde su resurrección, como nuestro Sumo Sacerdote.

En Hebreos 9:11-12 se explica esto claramente: “Estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación, y no por sangre de machos cabríos ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez para siempre en el Lugar Santísimo, habiendo obtenido eterna redención”.

Debido al sacrificio de Cristo tenemos acceso al verdadero propiciatorio: el trono mismo de nuestro amoroso y misericordioso Creador. Esto fue mostrado en forma dramática y milagrosa cuando, al momento en que murió Jesús, “el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo” (Mateo 27:51; Marcos 15:38). Cuando se partió esta gigantesca cortina que cubría la entrada al Lugar Santísimo, fue un tremendo testimonio del acceso que ahora tenemos al trono de Dios.

En la Epístola a los Hebreos hay muchos versículos que mencionan el papel que Cristo desempeña como nuestro Sumo Sacerdote que intercede por nosotros. Debido a su sacrificio, podemos acercarnos “confiadamente al trono de la gracia, para alcanzar misericordia y hallar gracia para el oportuno socorro” (Hebreos 4:16). Así pues, el Día de Expiación representa la reconciliación amorosa que tenemos con Dios, la cual es posible sólo por medio del sacrificio de Cristo. También nos muestra la extraordinaria verdad de que Satanás, el autor del pecado, finalmente será atado y quitado de en medio, de manera que toda la humanidad pueda por fin alcanzar la reconciliación con Dios.

El Día de Expiación es un paso preparatorio de vital importancia para la siguiente etapa en el glorioso plan de Dios, representada hermosamente por la Fiesta de los Tabernáculos.

La Fiesta de los Tabernáculos: Jesucristo reinará en toda la tierra

En su primer sermón después de haber recibido el Espíritu Santo en el Día de Pentecostés, el apóstol Pedro resumió la exhortación que Dios hace a la humanidad: “Arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor *tiempos de refrigerio*, y él envíe a Jesucristo, que os fue antes anunciado; a quien de cierto es necesario que el cielo reciba *hasta los tiempos de la restauración de todas las cosas*, de que habló Dios por boca de sus santos profetas que han sido desde tiempo antiguo” (Hechos 3:19-21).

¿Qué son estos “tiempos de refrigerio” y “tiempos de la restauración de todas las cosas” de que Pedro habló? El plan divino de salvación tiene que ver con restauración, y la Fiesta de los Tabernáculos representa el tiempo en que esto se realizará a escala mundial. La restauración empezará con el retorno de Jesucristo y el encadenamiento de Satanás. Cuando se cumplan estas cosas, que están simbolizadas en la Fiesta de las Trompetas y el Día de Expiación, entonces estará formada la base para que toda la creación sea restaurada en paz y armonía con Dios.

La Fiesta de los Tabernáculos, que se observa del 15 al 21 del séptimo mes del calendario hebreo (Levítico 23:34), representa los mil años del reinado de Jesucristo en la tierra a partir de su segunda venida (Apocalipsis 20:4). A este período con frecuencia se le llama el Milenio.

Esta fiesta simboliza la gran cosecha de la humanidad cuando todos conocerán los caminos de Dios y el hombre por fin podrá gozar de la relación que Dios siempre quiso tener con él (Isaías 11:9-10). Ese maravilloso tiempo de paz también está representado por el descanso del sábado, el día de reposo semanal (Hebreos 4:1-11).

Al principio, Dios creó la humanidad para que colaborara con él en una hermosa relación de amor, paz y obediencia a sus leyes. Al concluir su creación, “vio Dios todo lo que había hecho, y he aquí que era bueno en gran manera” (Génesis 1:31). Pero este tiempo de paz y armonía se terminó en forma brusca debido al engaño de Satanás y a la desobediencia de la primera pareja (Génesis 3:1-6). La desobediencia apartó al hombre del camino de Dios (vv. 21-24). Unos capítulos más adelante se describe el trágico resultado: “Y vio el Eterno que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal” (Génesis 6:5).

Esta ruptura de la relación entre Dios y el hombre ha continuado hasta nuestro tiempo. El apóstol Pablo habló al respecto en Romanos 5:12: “Como el pecado entró en el mundo por un hombre, y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron”. Pablo también sabía que Jesucristo repararía esa ruptura causada por la desobediencia del hombre: “Por cuanto la muerte entró por un hombre [Adán], también por un hombre [Cristo] la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados” (1 Corintios 15:21-22).

Isaías predijo la reconciliación del mundo

Por medio del profeta Isaías, Dios reveló algunos aspectos de su maravilloso plan para restaurar el mundo. En un tiempo en que el antiguo Israel estaba siendo castigado por su constante desobediencia, Dios inspiró a Isaías para que alentara a la gente por medio de la promesa de que habría de venir un mundo mejor.

En cierta ocasión, después de citar una de las profecías de Isaías, Jesús hizo referencia al entendimiento especial que se le había dado a

este profeta: “Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él” (Juan 12:41). Este siervo de Dios no sólo profetizó acerca del ministerio terrenal de Jesús, sino que también escribió acerca de su retorno, cuando vendrá con poder y gran gloria (Isaías 66:15-16).

El gobierno mesiánico de Jesucristo tendrá como fundamento la ley de Dios, tal como lo profetizó Isaías: “Acontecerá en lo postrero de los tiempos, que será confirmado el monte de la casa del Eterno como cabeza de los montes . . . Y vendrán muchos pueblos, y dirán: Venid, y subamos al monte del Eterno, a la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y caminaremos por sus sendas. Porque de Sion saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Eterno” (Isaías 2:2-3).

Un mundo de paz y abundancia

Cuando Cristo retorne hará que toda la creación esté en armonía con Dios; en ese tiempo habrá paz en todo el mundo. El rey David dijo: “Mucha paz tienen los que aman tu ley” (Salmos 119:165). ¡Imagínemonos cómo será el mundo cuando todos conozcan y vivan conforme a la ley de Dios! Pero el conocimiento, por sí solo, no es lo que producirá esta asombrosa transformación. Tendrá que operarse un *cambio espiritual* en toda la gente. Dios, por medio de otro de sus profetas, nos explica cómo sucederá: “Os daré corazón nuevo, y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos, y guardéis mis preceptos, y los pongáis por obra” (Ezequiel 36:26-27).

Por medio de su santo Espíritu, Dios obrará en la gente para que lo obedezcan de todo corazón. Empezarán a interesarse más por los demás que por ellos mismos. Cada uno empezará a considerar a los demás como “superiores a él mismo” (Filipenses 2:3). En lugar de preocuparse sólo por sí mismos en forma egoísta, su interés principal será el de ayudar a sus semejantes. No habrá robos ni existirá la falta de respeto hacia las personas o hacia sus propiedades. Debido a que finalmente el mundo estará en paz, las naciones “volverán sus espadas en rejas de arado, y sus lanzas en hoces; no alzará espada nación contra nación, ni se adiestrarán más para la guerra” (Isaías 2:4; Miqueas 4:3).

Durante este lapso de mil años, Dios transformará hasta la naturaleza de los animales salvajes, lo que será un reflejo de la paz y armonía

que disfrutarán los seres humanos. En Isaías 11:7-9 se nos habla acerca de este hermoso tiempo: “La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento del Eterno, como las aguas cubren el mar”.

Los efectos del pecado desaparecerán

Dios sanará las enfermedades y otros males físicos. La profecía de Isaías nos habla del tiempo en que “los ojos de los ciegos serán abiertos, y los oídos de los sordos se abrirán. Entonces el cojo saltará como un ciervo, y cantará la lengua del mudo . . .” (Isaías 35:5-6).

Más importante aún será la curación espiritual que habrá de efectuarse. Según la profecía de Isaías, Jesucristo terminará la obra sanadora que empezó durante su ministerio físico: “El Espíritu del Eterno el Señor está sobre mí, porque me ungió el Eterno; me ha enviado a predicar buenas nuevas a los abatidos, a vendar a los quebrantados de corazón, a publicar libertad a los cautivos, y a los presos apertura de la cárcel; a proclamar el año de la buena voluntad del Eterno, y del día de venganza del Dios nuestro; a consolar a todos los enlutados; a ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza . . .” (Isaías 61:1-3; Lucas 4:18-19). En ese tiempo empezarán a desaparecer las consecuencias o efectos acumulados del pecado, fruto de todas las generaciones en que el hombre ha seguido los caminos de Satanás.

A la Fiesta de los Tabernáculos también se le llama “la fiesta de la siega” (Éxodo 23:16) porque coincidía con el fin de la cosecha anual en la tierra de Israel. Por eso Dios ordenó: “Os alegraréis delante del Eterno vuestro Dios” (Deuteronomio 12:12, 18; 14:26). Esta fiesta era de regocijo por las abundantes cosechas con que Dios los bendecía.

El mismo tema de la abundancia en las cosechas continúa en el cumplimiento futuro de esta fiesta. Por medio de Isaías, Dios también hizo saber que los desiertos serán transformados en tierras fértiles, “porque aguas serán cavadas en el desierto, y torrentes en la soledad. El lugar seco se convertirá en estanque, y el sequedal en manaderos de aguas” (Isaías 35:6-7). En ese tiempo la tierra producirá abundantes cosechas: “He aquí vienen días, dice el Eterno, en que el que ara alcanzará

al segador, y el pisador de las uvas al que lleve la simiente; y los montes destilarán mosto, y todos los collados se derretirán” (Amos 9:13).

El significado de los tabernáculos

El nombre de la Fiesta de los Tabernáculos proviene del mandamiento que Dios le dio al antiguo Israel de que construyeran habitaciones temporales —tabernáculos o cabañas— donde habían de vivir durante esta festividad. Los israelitas salían de sus casas y construían moradas temporales (en hebreo *succah*, que significa “choza construida de ramas”) en las que vivían mientras se regocijaban ante Dios. Esto les recordaba que cuando fueron liberados de la esclavitud en Egipto Dios les hizo vivir en tabernáculos (Levítico 23:34, 41-43). En contraste con la dura vida de la esclavitud, en esta fiesta resaltan la paz, el descanso, la paz y la prosperidad conforme se suplen las necesidades de la gente, incluso los extranjeros, las viudas y los pobres.

La Biblia hace hincapié en que, como en el caso de los tabernáculos o moradas temporales, nuestra vida física es transitoria. Este tema puede verse en los escritos del apóstol Pablo: “Sabemos que si nuestra morada terrestre, este tabernáculo, se deshiciere, tenemos de Dios un edificio, una casa no hecha de manos, eterna, en los cielos. Y por esto también gemimos, deseando ser revestidos de aquella nuestra habitación celestial” (2 Corintios 5:1-2).

En la primera parte del capítulo 11 de la Epístola a los Hebreos se mencionan algunos de los fieles siervos de Dios que “conforme a la fe murieron . . . sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos en la tierra” (v. 13). La Fiesta de los Tabernáculos es un recordatorio anual de nuestra condición temporal y de que también nosotros buscamos “una patria” (v. 14).

Esta lección se graba más en nuestra mente cuando viajamos a alguno de los sitios donde se observa la Fiesta de los Tabernáculos y habitamos en moradas temporales como hoteles y campamentos. Esta fiesta nos recuerda que, a pesar de todas las posesiones materiales que podamos tener, aún somos mortales y no podemos heredar la vida eterna sin ser transformados de carne a espíritu (1 Corintios 15:50-54).

En el relato de la visión que se conoce como la transfiguración, Jesús les permitió a Pedro, Jacobo y Juan tener una vislumbre del Reino

de Dios. Parecía que Cristo hablaba con Moisés y Elías. La reacción inmediata de Pedro fue sugerirle a Jesús que les dejara construir tres enramadas o tabernáculos. Es evidente que él entendía la importante relación que hay entre los tabernáculos y nuestra búsqueda de la vida eterna en el Reino de Dios (Mateo 17:1-9; Lucas 9:27-36).

El papel de los santos resucitados

Tal como se representa en la Fiesta de los Tabernáculos, durante el Milenio los habitantes del mundo entero serán juzgados (Isaías 2:4; 51:4-5). Ese período de juicio será un tiempo en que *todos* tendrán oportunidad de recibir la salvación. Con este propósito Dios ha apartado un lapso de mil años durante el cual los santos resucitados —las primicias de la cosecha de Dios— reinarán con Cristo en la tierra como reyes y sacerdotes de manera que muchos otros puedan entrar en el Reino de Dios (Apocalipsis 5:10; 20:6). El propósito de Dios es “llevar muchos hijos a la gloria” (Hebreos 2:10).

Jesús prometió: “Al que venciere y guardare mis obras hasta el fin, yo le daré autoridad sobre las naciones” (Apocalipsis 2:26). La gente que resucite al retorno de Cristo tendrá la singular oportunidad de trabajar con él para ayudar a las naciones a cultivar una estrecha relación con Dios. (Si desea más información sobre este tema, no deje de solicitar el folleto titulado *Nuestro asombroso potencial humano*. Se lo enviaremos absolutamente gratis al recibir su solicitud.)

La base de esta relación es la instrucción sobre la ley de Dios y la observancia de estas mismas fiestas santas: “Todos los que sobreviviere de las naciones que vinieron contra Jerusalén, subirán de año en año para adorar al Rey, al Eterno de los ejércitos, y a celebrar la fiesta de los tabernáculos” (Zacarías 14:16). Otros profetas definen este tiempo como una época en que el conocimiento de Dios llenará la tierra “como las aguas cubren el mar” (Isaías 11:9; Habacuc 2:14).

Muchos estarán colaborando con Jesucristo en este programa mundial de educación para ayudar a otros a entender los caminos de Dios. Con referencia a este tiempo, Isaías dice: “Tus maestros nunca más te serán quitados, sino que tus ojos verán a tus maestros. Entonces tus oídos oirán a tus espaldas palabra que diga: Este es el camino, andad por él; y no echéis a la mano derecha, ni tampoco torzáis a la mano izquierda” (Isaías 30:20-21).

El llamamiento para enseñar a otros a fin de que puedan entender los caminos de Dios y reconciliarse con él es una oportunidad maravillosa. Cada uno de los que sirvan en este aspecto será llamado “reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar” (Isaías 58:12).

Actualmente, Dios está llamando a unas cuantas personas para que salgan del mundo y sean su pueblo escogido, santificado y redimido (2Corintios 6:16-7:1). Estas personas deben llevar una vida ejemplar, ya que Dios las está preparando para servir durante el Milenio y aun después: “Amados, yo os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales que batallan contra el alma, manteniendo buena vuestra manera de vivir entre los gentiles; para que en lo que murmuran de vosotros como de malhechores, glorifiquen a Dios en el día de la visitación, al considerar vuestras buenas obras” (1 Pedro 2:11-12).

Un conflicto final

A pesar de que Dios desea que “todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4), nunca obliga a nadie a que lo obedezca. Cada individuo está en libertad de elegir lo que hace: aceptar o rechazar el camino de vida de Dios.

Al final de los mil años, Dios permitirá que Satanás ponga a prueba la condición espiritual de la gente. En Apocalipsis 20:7-10 se habla de este tiempo. Satanás será suelto de su prisión y le será permitido engañar a los que no se hayan convencido de la perfecta justicia de Dios. Esta trágica rebelión final en contra de Dios será aplastada, y él destruirá en el fuego a los que hayan seguido a Satanás. La engañosa, perversa y destructiva influencia de Satanás sobre la humanidad finalmente terminará para siempre.

Entonces todo estará listo para los acontecimientos representados en otra de las fiestas de Dios. Hasta aquí hemos visto que a todos los que estén vivos al retorno de Jesucristo, así como a todos sus descendientes durante el Milenio, se les brindará una maravillosa oportunidad para la salvación. Pero ¿qué de los miles de millones de personas de todas las generaciones pasadas que vivieron y murieron sin entender —o siquiera oír— la verdad de Dios? Y ¿qué de los que mueran —sin haberse arrepentido— durante los terribles acontecimientos previos al retorno de Jesucristo? ¿Cómo y cuándo les ofrecerá Dios la salvación? El capítulo siguiente contesta estas preguntas.

El Último Gran Día: Se ofrecerá la vida eterna a toda la humanidad

La Biblia dice muy claramente que fuera del nombre de Jesucristo, “no hay otro nombre bajo el cielo” en el que los hombres puedan ser salvos (Hechos 4:12).

Este versículo plantea problemas muy serios para quienes creen que Dios está tratando desesperadamente de salvar a la humanidad en la época presente. Si este es el único tiempo para la salvación, tendremos que llegar a la conclusión de que la misión de Jesús para salvar a la humanidad ha sido un fracaso rotundo. Al fin y al cabo, miles de millones de personas han vivido y muerto sin haber oído siquiera una vez el nombre de Jesucristo, y todos los días mueren miles más que no tienen conocimiento alguno de él.

A pesar de los esfuerzos y la dedicación de innumerables misioneros a lo largo de los siglos, son muchas más las personas que se han “condenado” que las que han sido “salvas”. Si en verdad Dios es tan poderoso, ¿por qué son tantos los que ni siquiera han llegado a oír el mensaje de salvación? En la forma tradicional en que se presenta la lucha entre Dios y Satanás, Dios es el que resulta perdedor.

¿Cuál es el futuro de toda esa gente? ¿Qué es lo que Dios tiene en mente para aquellos que nunca creyeron en Jesucristo o no entendieron su verdadero mensaje? ¿En qué condición están dentro del plan divino?

¿Se han perdido para siempre, sin haber tenido siquiera la oportunidad para ser salvos?

¡No debemos dudar nunca del deseo ni del poder de Dios para salvarlos! Analicemos algunas de las creencias comunes y entendamos la maravillosa solución que nuestro Creador tiene para esas personas.

La solución del problema

El apóstol Pablo nos dice que Dios “quiere que *todos* los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” (1 Timoteo 2:4). Otro de los apóstoles agrega que Dios “no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que *todos* procedan al arrepentimiento” (2 Pedro 3:9). Esta es la meta principal para Dios en su trato con la humanidad: Él quiere que tantos como sea posible se arrepientan, vengan al conocimiento de la verdad y reciban la vida eterna en su Reino!

Jesús explicó cómo se logrará esto. En Juan 7:1-14 se nos dice cómo Jesús fue a Jerusalén para observar la Fiesta de los Tabernáculos. Luego, en los versículos 37-38 podemos leer lo siguiente: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”.

Los estudiosos de la Biblia tienen diferentes opiniones sobre cuándo exactamente pronunció Jesús estas palabras. Lo más probable parece ser que haya sido hacia el final del séptimo día de la Fiesta de los Tabernáculos o a principios del octavo día (según la Biblia, los días se cuentan “de tarde a tarde”, Levítico 23:32), ya que no mucho tiempo después “cada uno se fue a su casa; y Jesús se fue al monte de los Olivos” (Juan 7:53-8:1). En el versículo 2 leemos que Jesús continuó su enseñanza a la mañana siguiente.

En Levítico 23:39 podemos ver que este día les sigue inmediatamente a los siete días de la Fiesta de los Tabernáculos, pero es una fiesta aparte y tiene su propio significado. Con base en las palabras de Jesús y el ofrecimiento del Espíritu Santo (y por ende la salvación) a cualquiera que tuviera sed (Juan 7:37-39), nosotros nos referimos a esta fiesta como “el Último Gran Día”, aunque en Levítico se le llama simplemente “el octavo día”.

El simbolismo de la enseñanza de Jesús

¿Qué quería decir Jesús cuando habló de “agua viva”? Según la tradición, en tiempos de Jesús, durante la Fiesta de los Tabernáculos los sacerdotes traían en vasijas de oro agua del arroyo de Siloé y la vertían sobre el altar. Una alegre celebración acompañada del sonido de trompetas señalaba esta ceremonia mientras la gente cantaba estas palabras que se encuentran en Isaías 12:3: “Sacaréis con gozo aguas de las fuentes de la salvación”.

Situándose donde todos podían oírlo, Jesús se valió de la ceremonia del agua para dar una lección al decir que todos los que estuvieran sedientos podían venir a él para apagar su sed... *para siempre*. En esta analogía, el agua representaba el Espíritu de Dios, el cual recibirían los que creyeran en Jesús (Juan 7:39). De hecho, lo que Jesús les dijo fue que las necesidades básicas de la sed y el hambre espirituales podían ser satisfechas sólo por medio de él, quien era “el pan de vida” (Juan 6:48) y la fuente de agua viva.

Pero ¿cuándo habría de acontecer esto? Antes de que transcurrieran seis meses, Jesús fue muerto por sus propios coterráneos con la ayuda de los romanos. Unos 40 años después, las legiones romanas acabaron con el templo y todas sus ceremonias, incluso la del agua.

La humanidad aún sufre hambre y sed del mensaje que Jesús trajo. La promesa que Dios hizo: “Derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Joel 2:28), aún no se ha cumplido totalmente. Miles de millones de personas han muerto sin recibir el pan y el agua espirituales que tanta falta les hacían. ¿Cuándo podrán recibir este Espíritu que Jesús ofreció?

Una resurrección física

Para encontrar la respuesta, debemos tener en cuenta la pregunta que los discípulos le hicieron a Jesús antes de que ascendiera al cielo: “Señor, ¿restaurarás el reino a Israel en este tiempo?” (Hechos 1:6). Los discípulos entendían esta restauración dentro del marco de las muchas profecías acerca de la reunificación de Israel.

Una de esas profecías se encuentra en Ezequiel 37:3-6, donde el profeta describe la visión que tuvo de un valle lleno de huesos secos. Dios le preguntó: “Hijo de Adán, ¿vivirán estos huesos?” Y el profeta contestó: “Señor, el Etemo, tú lo sabes”. Luego Dios, refiriéndose a los

¿Cuál será el castigo de los incorregibles?

A todos aquellos que nunca conocieron a Dios, él les dará amplia oportunidad para recibir la salvación. Sin embargo, algunos se negarán obstinadamente a arrepentirse y a someterse a su Creador para poder recibir el maravilloso don de la vida eterna en el Reino de Dios.

¿Qué será de estas personas? La Palabra de Dios nos revela que en lugar de vivir eternamente en las llamas del infierno, sencillamente morirán. Dejarán de existir y será como si nunca hubieran existido.

Después del juicio final, simbolizado en la Fiesta del Último Gran Día, cualquiera que no se halle "inscrito en el libro de la vida [será] lanzado al lago de fuego" (Apocalipsis 20:15). Y en Apocalipsis 21:8 podemos leer que "los cobardes e incrédulos, los abominables y homicidas, los fornicarios y hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda". Nótese que estas personas *morirán*; no vivirán eternamente en un lugar de tormento horripilante.

El apóstol Pablo también afirmó que la pena que sufrirán los pecadores es la muerte. En Romanos 6:23 escribió: "La paga del pecado es *muerte*, mas la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro". En este versículo el apóstol hace un contraste entre la *muerte*, que es lo que nuestros pecados nos acarrean, y la *vida*, que es el don gratuito de Dios hecho posible por el sacrificio de Jesucristo en lugar nuestro.

El profeta Malaquías dejó muy claro cuál será el castigo de los incorregibles: "He aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán *estopa*; aquel día que vendrá los *abrasará*, ha dicho el Eterno de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama. Mas a vosotros los que teméis mi nombre, nacerá el Sol de justicia, y en sus alas traerá salvación; y saldréis, y saltaréis como becerros de la manada. Hollaréis a los malos, los cuales *serán ceniza bajo las plantas de vuestros pies*, en el día en que yo actúe, ha dicho el Eterno de los ejércitos" (Malaquías 4:1-3). □

huesos, dijo: "Yo infundiré aliento de vida en vosotros, y viviréis. Pondré tendones sobre vosotros, os llenaré de carne, os cubriré de piel, os daré aliento de vida, y viviréis. Entonces sabréis que Yo Soy el Eterno".

En esta visión se lleva a cabo una resurrección a la vida física. El relato muestra la desesperada situación en la que se encontraban estas personas: "Nuestros huesos se secaron, y pereció nuestra esperanza, y somos del todo destruidos" (v. 11). En esta impresionante visión, el antiguo Israel sirve como ejemplo representativo de otros pueblos a los que Dios resucitará a la vida física. Uno de los aspectos más importantes es que el resultado del trato de Dios con esas multitudes será que se arrepentirán y llegarán a conocerle realmente: "Ni se contaminarán más con sus ídolos, sus abominaciones y rebeliones. Y los salvaré de todas sus rebeliones en las cuales pecaron, y los limpiaré. Y serán mi pueblo, y yo seré su Dios . . . Y haré con ellos un pacto de paz, un pacto eterno . . . Mi morada estará con ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo" (vv. 23, 25-27; las citas de Ezequiel 37, con excepción del v. 11, son de la Nueva Reina-Valera).

En ese tiempo futuro Dios permitirá que todos tengan libre acceso a las aguas vivas de su santo Espíritu. El apóstol Pablo también habló de ese tiempo: "¿Ha desechado Dios a su pueblo? En ninguna manera. Porque también yo soy israelita, de la descendencia de Abraham, de la tribu de Benjamín. No ha desechado Dios a su pueblo, al cual desde antes conoció" (Romanos 11:1-2). Y en el versículo 26 nos dice que "todo Israel será salvo". Y no sólo Israel, sino también todos los que nunca han tenido la oportunidad de beber de las aguas vivas de la Palabra de Dios y de recibir su santo Espíritu podrán por fin hacerlo (Romanos 9:22-26). Dios les ofrecerá generosamente a todos la oportunidad de arrepentirse y de heredar la vida eterna.

El juicio del gran trono blanco

En Apocalipsis 20:5 el apóstol Juan dice que "los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años". Aquí podemos ver una clara distinción entre la *primera* resurrección, la que se efectuará a la segunda venida de Cristo (vv. 4-6), y la *segunda* resurrección, la cual se llevará a cabo al final del reinado milenar de Cristo. Recordemos que la primera resurrección será a la vida eterna; en la segunda, Dios resucitará a la gente a una existencia física de carne y hueso.

El apóstol Juan también habla de la misma segunda resurrección acerca de la que escribió Ezequiel: “Vi un gran trono blanco y al que estaba sentado en él, de delante del cual huyeron la tierra y el cielo, y ningún lugar se encontró para ellos. Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos, y otro libro fue abierto, el cual es el libro de la vida; y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras. Y el mar entregó los muertos que había en él; y la muerte y el Hades entregaron los muertos que había en ellos; y fueron juzgados cada uno según sus obras” (vv. 11-13).

Los muertos que están de pie ante su Creador son todos los que murieron sin haber conocido jamás al Dios verdadero. Como en la visión de Ezequiel de los huesos secos que vuelven a la vida, estas personas salen de sus tumbas y empiezan a conocer a Dios. Los “libros” (*biblia* en griego) son las Sagradas Escrituras, la única fuente del conocimiento de la vida eterna. Es así cómo finalmente todos tendrán la oportunidad de entender y de participar en el plan divino de salvación.

Conviene señalar muy claramente que esta resurrección a la vida física *no* es una segunda oportunidad para ser salvo. Toda esta gente volverá a la vida y, por primera vez, tendrá la oportunidad de conocer verdaderamente a su Creador. Ellos serán juzgados por lo que está escrito en la Biblia, “según sus obras” (v. 12). Este período de juicio será un tiempo durante el cual disfrutarán de la oportunidad de escuchar, entender y tomar la decisión de seguir fielmente los caminos de Dios, y entonces sus nombres serán inscritos en el libro de la vida (v. 15). En ese tiempo miles de millones de personas recibirán la vida eterna.

El Último Gran Día nos enseña cuán profunda y cuán amplia es la misericordiosa justicia de Dios. Jesús habló de la hermosa verdad que este día representa cuando comparó tres ciudades impenitentes de su época con tres ciudades del mundo antiguo: “¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en vosotras, tiempo ha que se hubieran arrepentido en cilicio y en ceniza. Por tanto os digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para Tiro y para Sidón, que para vosotras. Y tú, Capernaum, que eres levantada hasta el cielo, hasta el Hades serás abatida; porque si en Sodoma se hubieran hecho los milagros que han sido hechos en ti, habría permanecido hasta el día de hoy. Por tanto os

digo que en el día del juicio, será más tolerable el castigo para la tierra de Sodoma, que para ti” (Mateo 11:21-24).

Los habitantes de las antiguas ciudades de Tiro, Sidón y Sodoma —los cuales provocaron la ira de Dios por su gran depravación— recibirán misericordia en el día del juicio. Estas ciudades no tuvieron la oportunidad de conocer a Dios como la tuvieron Corazín, Betsaida y Capernaum. Dios resucitará a todas estas gentes en el tiempo de juicio que vendrá después de los mil años del reinado de Cristo, cuando aun los que vivieron en tiempos antiguos tendrán por primera vez la oportunidad de ser reconciliados con Dios. Será un tiempo en que *todos*, “desde el menor hasta el mayor de ellos”, conocerán a Dios (Hebreos 8:11). Los habitantes de estas ciudades, y de muchísimas otras como ellas, finalmente tendrán su oportunidad para ser salvos.

Este tiempo final de juicio completará el plan divino para la salvación del mundo. Será un tiempo de amor, de profunda misericordia y de los insondables juicios de Dios. Esta será la oportunidad de todos esos hombres y mujeres para beber las aguas vivas del Espíritu Santo que mitigarán su sed más profunda. En este período de juicio justo y misericordioso volverán a la vida todas estas personas olvidadas desde hace mucho tiempo por la humanidad, pero a quienes Dios nunca ha olvidado.

¿Qué será, pues, de los que murieron sin tener un verdadero conocimiento del Hijo de Dios? ¿Qué esperanza hay para los miles de millones de seres que vivieron y murieron sin conocer el propósito divino? Como hemos podido ver, las Escrituras nos muestran claramente que ninguno de ellos está sin esperanza. Dios los resucitará a la vida física y les dará su oportunidad para conocerlo y recibir la salvación eterna. Esta es la asombrosa verdad que representa el Último Gran Día, la última de las siete fiestas bíblicas.

Dios se encargará de que su plan se cumpla y traerá muchos hijos a la gloria (Hebreos 2:10). La promesa de Dios de derramar su Espíritu “sobre toda carne” (Joel 2:28) se cumplirá en toda su magnitud. Las aguas vivas del Espíritu Santo estarán a la disposición de todos, como se representa en “el último y gran día de la fiesta” (Juan 7:37).

¡Cuán profundamente debemos apreciar estas fiestas que Dios nos ha dado! Sin ellas, no entenderíamos muchos aspectos del maravilloso plan maestro de salvación que él está llevando a cabo por amor a la humanidad.

Cómo observar las fiestas de Dios

Una vez que nos damos cuenta de la gran importancia de las fiestas bíblicas para la humanidad y del inapreciable valor que tienen en el mundo actual, es natural que queramos aprender más acerca de cómo observarlas.

¿Dónde debemos observarlas? ¿Debemos hacerlo en casa o en alguna clase de servicio religioso? ¿Qué debemos hacer en estos días? ¿Le importa a Dios que desempeñemos nuestras labores cotidianas en tales días o debemos apartarlos para otro propósito? ¿Cómo afectará a nuestra familia y nuestro trabajo la observancia de estas fiestas?

Todas estas son preguntas importantes que debemos hacer cuando aprendemos acerca de las fiestas de Dios. Analicemos algunos principios bíblicos que debemos tener en cuenta cuando nos encontramos frente a estos asuntos de la vida real.

Algunas de las fiestas bíblicas tienen formas específicas para su observancia que las hacen diferentes de las otras. Por ejemplo, sólo en la Pascua se participa del pan y el vino como símbolos de la muerte de Jesús. Los Días de Panes sin Levadura son la única fiesta en que Dios nos manda sacar la levadura de nuestras casas. El Día de Expiación también es singular en el sentido de que es la única fiesta que se observa con ayuno. La observancia apropiada de estas fiestas incluye el reconocimiento y acatamiento de los aspectos que las distinguen, los

cuales tienen como propósito el enseñarnos lecciones espirituales. Sin embargo, existen principios que se aplican en la observancia de todas las fiestas. Primero, debemos recordar que estos días son *santos para Dios*. Son “las fiestas solemnes *del Eterno*, las cuales proclamaréis como *santas convocaciones*” (Levítico 23:2).

Dios es el único que puede hacer santa alguna cosa, y él ha puesto estas fiestas muy por encima de cualquier celebración ideada por el hombre. Nosotros podemos apartar determinado tiempo con un propósito especial para Dios, pero únicamente Dios puede apartar un tiempo para que sea santo (Génesis 2:3; Éxodo 20:8, 11). Cuando nosotros mostramos el respeto y aprecio apropiados hacia estas ocasiones tan especiales, también honramos a Dios mismo al reconocer su autoridad sobre nuestras vidas. Para poder adorar a Dios cómo él ordena, es muy importante que entendamos este principio.

Nuestro Creador desea que la gente, por voluntad propia y con fe, siga todas sus instrucciones (Isaías 66:2). Una actitud humilde y de colaboración contrasta grandemente con la actitud de quienes sólo quieren hacer lo indispensable para salir adelante. El meollo del asunto es si en verdad *amamos* a Dios y si *le creemos*. En 1 Juan 5:3 el apóstol dice: “Pues este es el amor a Dios, que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos”.

Dios ordena reuniones anuales

¿Cómo quiere Dios que nos comportemos en sus días de fiesta? Veamos esta sencilla instrucción: “Estas son las fiestas solemnes del Eterno, las *convocaciones santas*, a las cuales convocaréis en sus tiempos” (Levítico 23:4). Otras versiones emplean expresiones semejantes: “reuniones sagradas” (Biblia de Jerusalén), “reuniones santas” (Versión Popular), “asamblea santa” (Nueva Reina-Valera) o “asambleas sagradas” (Reina-Valera Actualizada), todas con el mismo significado. Estas son ocasiones especiales en las que debemos reunirnos con otros creyentes. Así como en el día de reposo semanal (el sábado), Dios ordena que su pueblo se reúna en cada una de sus fiestas anuales.

Dios subrayó para los primeros cristianos el principio de congregarse los sábados y en las fiestas santas con otros creyentes que también aprecian y guardan estos días: “Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió. Y

considerémonos unos a otros para estimularnos al amor y a las buenas obras; no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos; y tanto más, cuanto veis que aquel día se acerca” (Hebreos 10:23-25). ¡Qué mejor tiempo para estimularnos y

Colosenses 2:16 confirma que los gentiles cristianos guardaban las fiestas bíblicas

El apóstol Pablo escribió: “Nadie los juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a días de fiesta, luna nueva o días de reposo, todo lo cual es sombra de lo que ha de venir . . .” (Colosenses 2:16-17). En muchas ocasiones este pasaje ha sido mal entendido. ¿Qué es lo que realmente dice?

Pablo estaba refutando una herejía local. Algunos falsos maestros estaban introduciendo una filosofía religiosa que era una mezcla de conceptos judíos y gentiles. Sus torcidas ideas se basaban en “tradiciones de los hombres” y “rudimentos del mundo”, no en la Palabra de Dios. El apóstol les advirtió a los colosenses que no se dejaran engañar por “filosofías y huecas sutilezas, según las tradiciones de los hombres, conforme a los rudimentos del mundo, y no según Cristo” (v. 8).

Estos falsos maestros estaban enseñando sus propias reglas y

normas con respecto a lo que ellos consideraban que era la conducta apropiada (vv. 20-22). Esta advertencia de Pablo a la iglesia de Colosas es una fuerte indicación de que esos individuos eran los precursores de una gran herejía que se convirtió en el nosticismo (el término *nosticismo* se deriva de la palabra griega *gnosis* que significa “conocimiento”). Los nósticos consideraban tener un conocimiento secreto que podía enriquecer cualquier religión que uno practicara. Éstos se creían tan espirituales que despreciaban casi todo lo físico, considerándolo como inferior y hasta degradante.

Los falsos maestros en Colosas rechazaban lo físico —las cosas perezosas que podían tocar, gustar o manejar (vv. 21-22)— particularmente cuando tenía que ver con la adoración. Su filosofía incitaba al descuido de las necesidades físicas del cuerpo a fin de

exhortarnos unos a otros que en los días que representan el magnífico plan divino de salvación!

Cuando nos reunimos durante estas fiestas anuales, Dios nos da la maravillosa oportunidad de aprender más acerca de su plan maestro de

realzar la espiritualidad. Sin embargo, la realidad es que la religión que ellos mismos se habían impuesto no lograba eso; ni siquiera les ayudaba a vencer su propia naturaleza humana. Tal como Pablo escribió, esas cosas “no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne” (v. 23).

Los cristianos de Colosas obedecían a Dios. Guardaban el sábado y las fiestas bíblicas y se alegraban en ellas, siguiendo la instrucción bíblica (Deuteronomio 16:10-11, 13-15; Nehemías 8:9-10).

Nótese que los falsos maestros no ponían en tela de juicio la validez de las fiestas bíblicas en sí; ellos criticaban a los miembros de la congregación en Colosas por *la forma gozosa en que las guardaban*. Es decir, los colosenses, igual que todos los que obedecen las instrucciones de Dios en este aspecto, procuraban comer y beber algo especial en tales días.

Leamos una vez más las palabras de Pablo: “Nadie os juzgue en comida o en bebida, o en cuanto a [meros, en griego, que quiere decir ‘en parte’ o ‘con relación a cualquier porción de’] días de fiesta, luna nueva o días de reposo”

(Colosenses 2:16). Es interesante notar que según el *Comentario exegético y explicativo de la Biblia*, de los autores Jamieson, Fausset y Brown, las palabras griegas traducidas como “comida” y “bebida” en este versículo significan “comer y beber” (vol. 2, p. 520). Lo que Pablo les estaba recomendando a los cristianos colosenses era que no hicieran caso de las críticas y ataques de estos herejes acerca de los aspectos agradables y gozosos del comer y del beber en las fiestas de Dios.

Los comentarios del apóstol Pablo en este pasaje no muestran ningún desacato por las fiestas que Dios estableció como santas; antes bien, confirman que más de 30 años después de la muerte y resurrección de Jesús los cristianos colosenses, quienes en su mayoría eran gentiles (v. 13), estaban observando el reposo semanal del sábado y las fiestas santas de Dios.

Si no hubieran estado observando estas fiestas, los falsos maestros no hubieran tenido ninguna base para sus críticas relacionadas con el comer y el beber —el hecho de agasajarse o regalarse— en el sábado y en las fiestas de Dios. □

salvación. En Nehemías 8:2 se habla de un notable acontecimiento en cierta ocasión en que el pueblo de Dios se había reunido para observar la Fiesta de las Trompetas. Durante los servicios religiosos, algunos de los levitas “hacían entender al pueblo la ley . . . Y leían en el libro de la ley de Dios claramente, y ponían el sentido, de modo que entendiesen la lectura” (vv. 7-8). La Iglesia apostólica continuó observando estas fiestas anuales en conformidad con estos principios, pero con una comprensión mucho más profunda de su significado espiritual (Hechos 2; 1 Corintios 5:6-8).

En el tiempo de Nehemías, debido a que el pueblo había descuidado la observancia de las fiestas de Dios, necesitaba ser estimulado: “Y Nehemías el gobernador, y el sacerdote Esdras, escriba, y los levitas que hacían entender al pueblo, dijeron a todo el pueblo: *Día santo es al Eterno nuestro Dios*; no os entristezcáis, ni lloréis; porque todo el pueblo lloraba oyendo las palabras de la ley. Luego les dijo: *Id, comed grasuras, y bebed vino dulce, y enviad porciones a los que no tienen nada preparado; porque día santo es a nuestro Señor*; no os entristezcáis, porque el gozo del Eterno es vuestra fuerza” (Nehemías 8:9-10). Después que se les enseñó la ley de Dios, “todo el pueblo se fue a comer y a beber, y a obsequiar porciones, y a gozar de grande alegría, porque habían entendido las palabras que les habían enseñado” (v. 12).

Estos días especiales son para disfrutarse junto con toda la familia, ¡y con todos los que asistan! Esto es cierto particularmente durante la Fiesta de los Tabernáculos, en la que se dispone de suficiente tiempo para actividades recreativas propias para las familias, así como para regocijarse con el conocimiento que Dios nos revela.

Para que podamos regocijarnos en la forma apropiada durante la observancia de las fiestas de Dios, debemos interrumpir nuestras labores cotidianas (Levítico 23:3, 7-8, 21, 25, 35-36). Notemos que aunque la preparación de alimentos representa un trabajo en las fiestas, Dios dice que hacer esta clase de trabajo es correcto. Sin embargo, en el Día de Expiación debemos dejar de hacer toda labor cotidiana, incluso, desde luego, la preparación de alimentos (vv. 28, 30-31).

También mostramos nuestra obediencia y entrega a Dios al solicitar permiso en nuestros lugares de empleo con el fin de poder observar las fiestas bíblicas. La mayoría de las personas pueden obtener permiso para faltar a su trabajo durante estos días, si con la debida anticipación y

en forma respetuosa hablan con sus jefes o patrones. Asimismo, es nuestra responsabilidad hacer uso de sabiduría y paciencia cuando notifiquemos a nuestros familiares nuestra decisión de observar estas fiestas.

Vivir por fe

Nuestra decisión de obedecer los mandamientos de Dios es cuestión de fe: “Por fe andamos, no por vista” (2 Corintios 5:7). Por tanto, cuando aprendemos acerca de las fiestas santas es muy importante que empecemos a guardarlas. Aunque tal vez al principio no entendamos todo, aprenderemos mucho más cuando de hecho empecemos a guardarlas. Como escribió el salmista: “El principio de la sabiduría es el temor del Eterno; buen entendimiento tienen todos los que *practican* sus mandamientos” (Salmos 111:10).

Si usted quiere saber más acerca de la observancia de las fiestas bíblicas, o si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, puede escribir con toda confianza a cualquiera de las direcciones anotadas al final de este folleto. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

En resumen, las fiestas de Dios son un tiempo de felicidad, no sólo por su significado para nosotros sino también por la maravillosa esperanza que encierran *para toda la humanidad*. Observar las fiestas nos recuerda el inmenso amor que Dios tiene por el hombre. Adorar a Dios en esta forma es un gozo y un placer. ¡Estas fiestas son verdaderos regalos de Dios para su pueblo! □

¿Debemos guardar el sábado?

La ley promulgada por Dios está resumida en los Diez Mandamientos, los cuales son la guía básica que nos muestra cómo debemos conducirnos, cómo relacionarnos correctamente con nuestro Creador, con nuestra familia y con todos nuestros semejantes.

El mandamiento que casi universalmente ha sido tergiversado y mal aplicado es el que dice: "Acuérdate del sábado para santificarlo" (Éxodo 20:8). Muchas personas consideran el sábado como una curiosa reliquia de la historia; tal vez una idea bien intencionada del pasado, pero totalmente impracticable en el ajetreado mundo de hoy.

Otros creen que el día de reposo cristiano es el domingo, y que al acudir una o dos horas a los servicios religiosos en la mañana del primer día de la semana se está cumpliendo con el propósito del mandamiento de Dios.

Y no faltan quienes piensan que Jesucristo abolió el día de reposo, es decir, eliminó la necesidad de santificar algún día en particular, y que cualquier momento que escojamos para adorar a Dios es santo.

¿Por qué apartó Dios un día especial de descanso? Si tuvo un propósito al hacerlo, ¿cuál fue? Y ¿por qué hay tanta controversia en torno a este precepto del Decálogo cuando la inmensa mayoría de las personas, incluso los dirigentes religiosos, no tienen dudas acerca de los otros nueve?

Existen respuestas para todos estos interrogantes y no es difícil encontrarlas, porque se encuentran en las páginas de la Biblia. Usted puede descubrirlas con la ayuda del folleto titulado *El día de reposo cristiano*. Si desea obtener esta importante publicación —sin costo alguno para usted— dirija su solicitud a cualquiera de las direcciones que aparecen en la última página de este folleto. □



Si desea más información

Este folleto es una publicación de la Iglesia de Dios Unida, una Asociación Internacional. La iglesia tiene ministros y congregaciones en México, Centro y Sudamérica, Europa, Asia, África, Australia, Canadá, el Caribe y los Estados Unidos.

Los orígenes de nuestra labor se remontan a la Iglesia que fundó Jesucristo en el siglo primero, y seguimos las mismas doctrinas de esa Iglesia. Nuestra comisión es proclamar el evangelio del Reino venidero de Dios en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones, enseñándoles a guardar todo lo que Cristo mandó (Mateo 28:18-20).

Consultas personales

Jesús les mandó a sus seguidores que apacentaran sus ovejas (Juan 21:15-17). En cumplimiento de esta comisión, la Iglesia de Dios Unida tiene congregaciones en muchos países, donde los creyentes se reúnen para recibir instrucción basada en las Sagradas Escrituras y para disfrutar del compañerismo cristiano.

La Iglesia de Dios Unida se esfuerza por comprender y practicar fielmente el cristianismo tal como se revela en la Palabra de Dios, y nuestro deseo es dar a conocer el camino de Dios a quienes sinceramente buscan obedecer y seguir a Jesucristo.

Si usted desea hacer una consulta, bien sea sobre algún pasaje bíblico o sobre la vida cristiana, tendremos mucho gusto en responderle. Además, si tiene interés en asistir a las reuniones de la Iglesia de Dios Unida, será bienvenido.

Puede dirigir su correspondencia a cualquiera de nuestras direcciones. Nos dará mucho gusto servirle en todo lo que esté a nuestro alcance.

Absolutamente gratis

No solicitamos donativos al público. Sin embargo, gracias a la generosidad de los miembros de la Iglesia de Dios Unida y de otros colaboradores que voluntariamente respaldan nuestra labor, podemos ofrecer todas nuestras publicaciones gratuitamente. □

Direcciones

ARGENTINA

Casilla 20
Sucursal 2
8000 Bahía Blanca, B.A.

BOLIVIA

Casilla 8193
Correo Central
La Paz

COLOMBIA

Apartado Aéreo 91727
Bogotá, D.C.

CHILE

Casilla 10384
Santiago

EL SALVADOR

Apartado Postal 2499
01101 San Salvador

ESTADOS UNIDOS

P.O. Box 541027
Cincinnati, OH 45254-1027
Sitio en Internet: www.ucg.org

GUATEMALA

Apartado Postal 1064
01901 Guatemala

MÉXICO

Apartado Postal 4822
Suc. Tec.
64841 Monterrey, N.L.
Sitio en Internet: www.unidamex.org

PERÚ

Apartado 18-0766
Lima